

EL DEGÜELLO DE MOCA

Sangre y fuego



Gaspar de Arredondo Pichardo

Memoria de mi salida de la isla de Santo Domingo
el 28 de abril de 1805

EL DEGÜELLO DE MOCA
SANGRE Y FUEGO

Gaspar de Arredondo Pichardo

Memoria de mi salida de la isla
de Santo Domingo el 28 de abril de 1805

EL DEGÜELLO DE MOCA
SANGRE Y FUEGO



Santo Domingo, R.D.
Diciembre, 2021



EL DEGÜELLO DE MOCA SANGRE Y FUEGO

Gaspar de Arredondo y Pichardo

Memoria de mi salida de la isla de Santo Domingo el 28 de abril de 1805.

Notas de la revista Vetas, en adición a las notas originales de Gaspar de Arredondo y Pichardo (GAP) y de Emilio Rodríguez Demorizi.

Primera edición: Revista Clfo, No. 82, de 1948, Academia Dominicana de la Historia.

Segunda edición: “Invasiones haitianas de 1801, 1805 y 1822”. Compilación de Emilio Rodríguez Demorizi. 1955.

Tercera edición: Revista cultural Vetas, número 73, julio de 2005.

Cuarta edición, Vetas edita, septiembre 2005, Santo Domingo.

Quinta edición: Diciembre 2021.

Instituto Duarteano

Calle Isabel la Católica No. 308, Zona Colonial,
Santo Domingo de Guzmán, República Dominicana,
Teléfonos: 809-687-1436 y 829-745-0482.

[www. institutoduarteano.gob.do](http://www.institutoduarteano.gob.do)

Diseño de portada:

Licenciado Benjamín Uribe

Diagramación

Jesús Alberto de la Cruz

Impresión:

Editora Búho, S.R.L.

C/ Elvira de Mendoza No. 156

Zona Universitaria, Santo Domingo, D.N.

Tel.: 809 686 2241

E-mail: editorabuho@yahoo.com

ISBN: 978-9945-9311-3-6

Impreso en República Dominicana. Todos los Derechos reservados

Liminar

El Instituto Duarteano, es un organismo oficial y autónomo que tiene como objetivo difundir la vida, obra y ejemplo de Padre de la Patria y Fundador de la República, Juan Pablo Duarte y Díez, los trinitarios, restauradores y de todos los hombres y mujeres que han honrado la Patria con su entrega a favor de su libertad y su soberanía.

Esta entidad procura con su accionar en el indicado sentido, edificar moral y cívicamente a las generaciones presentes y futuras del pueblo dominicano, si bien, bajo los principios de convivencia pacífica, como dice en su artículo 63, numeral 13, la Constitución Política de Estado Dominicano, sin que ello implique renuncia a dar a conocer, con el mayor sentido de responsabilidad, la verdad histórica.

El Prócer Duarte, como lo testimoniara el distinguido trinitario José María Serra, expresó: *“Yo admiro al pueblo haitiano desde el momento en que, recorriendo las páginas de su historia, lo encuentro luchando desesperadamente contra poderes excesivamente superiores y veo como los vence y como sale de su triste condición de esclavo para constituirse en una*

nación libre e independiente. Le reconozco poseedor de dos virtudes eminentes, el amor a la libertad y el valor; pero, los dominicanos que en tantas ocasiones han vertido gloriosamente su sangre, ¿lo habrán hecho para sellar la afrenta de que en premio de sus sacrificios le otorguen sus dominadores la gracia de besarles la mano?”.

El líder trinitario fue objetivo, reconoció las virtudes de aquel pueblo vecino; no obstante, asumió con inigualable gallardía la defensa de la dominicanidad, procuró colocar en el mejor resguardo el interés de nuestro pueblo, absolutamente consciente de lo expresado por él hace más de un siglo: *“Entre los dominicanos y los haitianos no es posible una fusión”*.

Al editar y poner en circulación estas memorias del abogado dominicano Gaspar de Arredondo y Pichardo, auspiciamos una nueva edición en interés de que se mantenga viva la memoria histórica de un acontecimiento impulsado por quien se había autodenominado su Majestad Juan Jacobo Dessalines I, cuyo objetivo militar era apoderarse de esta parte de la Isla para dominarla y saquearla.

Ante la frustración que le dejó la resistencia del poderoso ejército francés comandado por el general Louis Ferrand, regresó precipitadamente a la nación vecina y, a su desordenado paso, instruyó para que se materializara la acción de “tierra arrasada” contra todo el territorio dominicano, apresando y trasladando a Haití a todos sus pobladores que se encontraban en su retorno, incendiando

los pueblos, cuestión que figura en el propio diario de campaña de Dessalines.

El autor de esta “Memoria”, Gaspar de Arredondo y Pichardo, es un acreditado testigo de la masacre inmisericorde que constituyó el degüello que puso en ejecución el ejército haitiano en Moca y Santiago, sembrando muerte y terror, sin que escaparan a ello niños y mujeres indefensas.

Dr. Wilson Gómez Ramírez
Presidente del Instituto Duartiano

Bicentenario del DEGÜELLO

El ejército haitiano de Juan Jacobo Dessalines llevó a cabo una matanza de miles de dominicanos en la región del Cibao. Este es el espeluznante relato del genocidio en Moca y en Santiago, escrito por un sobreviviente.

GASPAR DE ARREDONDO Y PICHARDO

Memoria de mi salida de la isla
de Santo Domingo el 28 de abril de 1805

“En Santo Domingo no hay más que un pueblo que desea ser y se ha declarado independiente de toda potencia extranjera, y una fracción miserable que siempre se ha pronunciado contra esa ley, contra ese querer del pueblo dominicano, logrando siempre por medio de sus intrigas y sordidos manejos adueñarse de la situación y hacer aparecer al pueblo dominicano de un modo distinto de como es en realidad; esa fracción, o mejor diremos, esa facción, es y será siempre todo, menos dominicana; así se le ve en nuestra

historia, representante de todo partido antinacional y enemigo nato por tanto de todas nuestras revoluciones; sino, véase: ministeriales en tiempo de Boyer y luego rivieristas, y aún no había sido el 27 de febrero cuando se le vio protectionistas franceses y más tarde anexionistas americanos y después españoles”.

Juan Pablo Duarte

Nota del editor

En el año de 1805 el gobernante de Haití, que se había hecho proclamar Emperador y era denominado Su Majestad Juan Jacobo Dessalines Primero, invadió la parte española de la Isla con un poderoso ejército de miles de soldados. No pudo cumplir su objetivo, que era tomar y saquear la ciudad de Santo Domingo, debido a que la amurallada urbe estaba militarmente ocupada por Francia y un poderoso ejército dirigido por el general Louis Ferrand.

Dessalines sitió con sus soldados la ciudad pero se vio precisado a regresar a Haití, ante el temor de que los franceses, que habían reforzado su numeroso ejército invasor, tomaran el territorio haitiano.

Frustrado porque no cumplió su objetivo militar, Dessalines dio la orden de tierra arrasada de todo el territorio dominicano durante su precipitado regreso. Según está consignado en su propio diario de campaña dio la orden a sus generales de que “empujaran delante” y llevaran presos hacia Haití a todos los habitantes que encontraran en el camino y, siempre según el diario, “redujeron a cenizas los pueblos, aldeas, hatos y ciudades, llevaron por todas partes la devastación, el hierro y el fuego, y no perdonaron

sino los individuos destinados por S. M. a ser conducidos como prisioneros”.*

En todas las comunidades dominicanas por las que el ejército de Dessalines pasó a su regreso se produjo el aniquilamiento de los habitantes, principalmente mediante el degüello. Además de la documentación proveniente del diario de campaña del mismo ejército invasor, existe un documento de un valor incalculable, como lo es el redactado por el abogado de Santiago Gaspar de Arredondo y Pichardo, sobreviviente del genocidio. Ese valioso documento es el objeto de este libro.

El señor Arredondo escribió su “Memoria” en Cuba, a donde huyó tras la masacre sufrida por la población de Santiago. El documento está dividido en quince breves capítulos. En el XV narra de manera espeluznante el degüello llevado a cabo en Moca y Santiago.

En verdad, este libro no necesita presentación porque con su lectura se explica por sí mismo. Con una reflexión del antillanista Eugenio María de Hostos invitamos a su lectura.

— o —

La lucha que sostuvo el pueblo dominicano contra Haití no fue una guerra vulgar. El pueblo dominicano defendía más que su independencia; defendía su idioma, la honra de

* Emilio Rodríguez Demorizi, Invasiones haitianas de 1801, 1805 y 1822, página 119.

su familia, la libertad de su comercio, la moralidad de su matrimonio, el odio a la poligamia, mejor destino para su raza, mejor suerte para su trabajo, la escuela para sus hijos, el respeto a la religión de sus antepasados, la seguridad individual y la facultad de poder viajar al extranjero. Era la lucha solemne de costumbres y de principios que eran diametralmente opuestos; de la barbarie contra la civilización, de la luz contra las tinieblas, del bien contra el mal.

Eugenio María de Hostos

Gaspar de Arredondo y Pichardo

Memoria de mi salida de la isla de
Santo Domingo el 28 de abril de 1805⁽¹⁾

Memoria de mi peregrinación a la salida de la isla de Santo Domingo el 28 de abril del año 1805.⁽²⁾ Después de ejecutado el degüello en la ciudad de Santiago de los Caballeros, donde me hallaba y de donde soy natural, el 28 de febrero, día segundo de Carnestolendas, por el ejército del general negro Enrique Cristóbal, a las ocho y media de la mañana, entrando a sangre y fuego con todos los del país para hacerse paso a la capital ocupada por los franceses blancos, residuo de la armada que mandó Napoleón para expulsar a Toussaint, donde se habían bajo el mando del general de división Mr. Luis Ferrand⁽³⁾ toda aquella población y los pueblos del tránsito, fueron reducidos a ceniza por la tropa negra en su retirada, destruyendo hasta los altares. Los sacerdotes que encontraron fueron presos, y después sacrificados, arrastrando al Guarico (Cabo Haitiano) a los que dejaron vivos, sin dispensar ni aun a la

¹ Tomado del libro “Invasiones haitianas de 1801, 1805 y 1822”. Compilación de Emilio Rodríguez Demorizi. Editora del Caribe, C. por A., Ciudad Trujillo, R.D., 1955, pp. 121 a 160.

gente de color, que no querían darse al sistema de la desolación, muriendo muchos de hambre y sed en los caminos por donde eran conducidos a pié para la parte francesa, entre ellos nuestro respetable vicario el señor don Pedro Tavares, en su edad más que octogenaria.

No entienda el que acaso lea estos mal trazados renglones, que con su narración trato de procurarme elogios por la animosidad y firmeza con que supe resistir las furias de un trato cruel. Todo esto no fue más que obedecer a la imperiosa ley de la necesidad, en gracia de la propia conservación. Escribo estos sucesos para mis 8 hijos, que bien o mal conocerán mi intención, y por tanto estoy a cubierto de toda crítica. Dos razones a mi ver, poderosísimas, han movido mi pluma. La primera y más esencial es, la de dejarles un libro donde recordando los infortunios de un padre amoroso que, nacido en la opulencia, supo gustar el valor de las riquezas, lean al mismo tiempo una parte de las calamidades de su patrio suelo, y tengan un nuevo motivo de tributar su reconocimiento al principio eterno y admirar su divina providencia, cuando lleguen a la edad en que puedan considerarlo. La segunda es, la de que aprendan a conocer el mundo y la vicisitud de los tiempos con este ejemplo de la inconstante fortuna, que engañando a los mortales, para remontarlos a la cumbre de sus doradas alas, huye de repente el cuerpo para abandonarlos al abismo de la más lastimosa miseria. Este es el cuadro de mi historia: rara sin duda, pero muy cierta; y yo no me atrevería a escribirla, si no hubiera en cada rincón de esta

isla (Cuba), y aún de este lugar donde me hallo, muchos emigrados testigos presenciales de aquellos desastres de que participaron junto conmigo.

Desde que llegué a esta isla pensé redactarla con solo este propósito, pero la falta de comodidad, y mi constante ocupación en el ejercicio de la abogacía, de que depende la subsistencia de mi larga prole, han sido obstáculos a mis deseos. Hoy que tal cual, puedo respirar, y que felizmente se halla en esta villa una imprenta, con que puedo facilitar su extensión, donde quiera que se hallen mis hijos, me he decidido a vencer dificultades, quitando algunos ratos a mis tareas, antes de que se vayan de la memoria algunos hechos del mayor interés.⁽⁴⁾

No está exonerada de frases retumbantes o estudiadas, ni su objeto es de aquellos que reclaman lo grato y deleitable. Son hechos secos aislados. Los digo, repito, a mis hijos; por consiguiente, si algún otro los leyere, aunque no merezca su aprobación, no los impropere. Mi pluma es inocente, y por lo mismo, digna de indulgencia. Quiero dejar a mi posteridad este monumento de mi suerte, para que aproveche cuanto tengan de moral estos acontecimientos. Mi patria y mis hijos es el objeto de esta historia, y así el que la lea, y no le agrade, importa lo que suplica.

Gaspar de Arredondo y Pichardo.⁽⁵⁾
Puerto Príncipe (actual Camagüey) Cuba, 12
de agosto de 1814.

El cielo me dio unos padres ricos, virtuosos, de esclarecido nacimiento, que colocados en aquel rango que los hacía felices, cuidaron atentamente de mi educación, proporcionándome aquella tal cual lo permiten nuestros países de América, sin perdonar medio, ni diligencia, que sirviera a asegurarles de tan importante objeto. Nacido en la ciudad de Santiago de los Caballeros, centro de la isla de Santo Domingo, de donde era natural Doña Francisca Pichardo y Zerezeda, mi madre, anticipó Don Francisco de Arredondo y Castro, mi padre, que lo era de la capital, el sentimiento que debía causarle la separación de un hijo tierno que era el primer fruto de sus caricias nupciales, enviándome allí bajo la tutela de mis abuelos paternos para que continuase en aquella capital mis estudios.

El Capitán don José Antonio Pichardo y Vinuesa,⁽⁶⁾ mi abuelo materno, era reputado por uno de los vecinos más ricos del departamento del Norte español, y con este motivo nada faltó para que se realizase mi viaje a la capital, a la edad de nueve años, en que ya tenía yo unos principios más que medianos de la lengua latina y aritmética, bajo la enseñanza de don José Escoto⁽⁷⁾ hoy sacerdote, que tenía abierta una clase pública.

En Santo Domingo, capital de la isla, y al abrigo del doctor don Juan de Arredondo, mi abuelo paterno, seguí mis estudios hasta recibir a los quince años poco más en mi edad, los grados de bachiller en Leyes, en la Universidad de Santo Tomás de Aquino, al mismo tiempo que cursaban la misma clase los señores don Francisco Cabrera,

don Francisco Javier Caro⁽⁸⁾ y doctor don José Núñez de Cáceres, siendo catedráticos los señores doctor don Juan Ignacio Rendón,⁽⁹⁾ doctor don José Francisco y doctor don Pedro Ramírez Padre, ocupando hoy los dos primeros puestos muy distinguidos en la monarquía Española.

Tuve con este motivo el gusto de volver a mi país (Santiago de los Caballeros), donde apenas pude conocer a mi madre, que ansiaba verme, y yo que rebotaba en los mismos deseos, propuse clandestinamente mi viaje por caminos fragosos y dilatados, sin consultar los infinitos peligros que tenía que atravesar, acompañándome, con el propio interés de ver a sus padres, el señor doctor don José Bernal,⁽¹⁰⁾ hoy residente en La Habana, como uno de los facultativos de mejor crédito en la medicina. Ambos sufrimos los trabajos más crudos, haciendo a pié casi todo el camino (desde Santo Domingo a Santiago de los Caballeros), con la alegre juvenil idea de llegar a nuestro país la víspera del Señor Santiago y participar de las diversiones y festejos públicos que se daban aquellos días, en celebración del Santo Patrono del país. El resultado de esta loca resolución fue bien triste para ambos, pues yo sufrí una enfermedad que por nada me cuesta la vida, y su convalecencia fue un período de calenturas cuartanas que duró catorce meses, siendo poco menos la suerte de mi compañero.

Yo al fin, sin atender a lo pasado, me entregué en los brazos de una madre amorosa, que inundaba en lágrimas de gozo, no sabía cómo explicar todo el placer que estaba

recibiendo su corazón, a que yo correspondía con los mismos afectos de ternura y la expresión del amor de un hijo que se creía el más predilecto, por el título de primogénito, y por lo que me daba la compasión de mi temprana ausencia.

En el centro de más de ochenta personas de que constaba la familia en Santiago, comencé a dar pruebas de mi gran deseo por ser en algo útil a mi país. Hacía mis estudios prácticos, unas veces con el Señor Alcalde Mayor don Joaquín Pueyo⁽¹¹⁾ con quien me unían los vínculos del parentesco, y otras en el del señor doctor don Gregorio Morel⁽¹²⁾ donde los concluía, desempeñando contemporáneamente los empleos de Alcalde Ordinario, Síndico Procurador General y Padre general de menores, que servía alternativamente,⁽¹³⁾ dejando satisfecha la confianza que en mí depositó aquel cuerpo capitular para su desempeño.

CAPÍTULO I

Concluida mi pasantía, y restablecido de mis males, volví a la capital por el mes de diciembre de 1798, y el 31 de enero del siguiente año, tuve el honor de incorporarme en el número de los abogados del Distrito, regresando poco después al país de mi naturaleza (Santiago), a disfrutar la dulce compañía de mis padres y ejercer esta noble facultad, a beneficio casi de los pobres, de los parientes y encarcelados; porque no estaba mi subsistencia pendiente de este ministerio, ni allí hacía su producido la suerte de ningún letrado.

Ya en esta época se iba descubriendo sobre la parte española del Norte, el horizonte de la revolución francesa, que hasta entonces no conocíamos sino en el nombre ya en Dajabón, Bayajá y Montecristi, pueblos rayanos al Guarico (Cabo Haitiano, Haití) se sentían los rumores de aquella ominosa época, en que el gobierno del negro Toussaint había tomado un cuerpo de respeto, y no se hablaba sino con demasiado temor y vulgaridad de los incendios, de los asesinatos, muertes espantosas, robos, sacrificios y desastres que con horror de la humanidad cometía este jefe en toda persona blanca, a título de su omnímodo poder. Ya,

por último, comenzábamos los de la parte del Norte a ver emigrados (paisanos) de las bandas del Sur sobre nuestro territorio, llenos de úlceras, pordioseando el sustento, llorando unos la ruina de sus familias, y espantados todos de los estragos que habían sufrido y presenciado, con las señales características de sus padecimientos y el anuncio o presagio de lo que nos esperaba.

CAPÍTULO II

Unos papeles anónimos con el nombre de ensaladillas en esta isla, corrían de un extremo a otro de la ciudad, llenos de insultos y de invectivas contra los ministros del altar, que ofendían también el decoro de varias familias de representación y demasiado conocidas por su reputación y virtudes. Esto se observó por algunas almas justas como un presagio de futuras calamidades, o como un trueno sordo que acercaba la tempestad sobre nuestras cabezas. Con tales novedades de hechos no acostumbrados a verse en un país donde parecía que la buena fe, el candor, la paz, la religión y el sosiego habían fijado su imperio. El comandante de Armas⁽¹⁴⁾ mandó levantar patrullas que todas las noches rondasen dentro y fuera de la ciudad, encargando este celo por falta de tropas, a la probidad y honradez de los primeros sujetos de allí, que muy luego se presentaron a este servicio, siendo yo uno de los nombrados para los miércoles y sábados de cada semana, con que se evitaron los desórdenes que comenzaban a experimentarse, a pretexto de la invasión negra que temíamos y de que se aprovechaba la gente perdida, deseosa de movimientos para el ensayo de sus latrocinios.

Poco después salieron otros anónimos en verso, regados por la ciudad, con peores y más indecentes palabras, que dieron motivo a que el Señor Alcalde primero,⁽¹⁵⁾ lleno de indignación levantara un sumario para averiguar, perseguir y castigar al autor o autores de tan malignas ideas. Al efecto, me tomó de Asesor, cometiéndome por estar falto de salud, la organización del procedimiento, que concluí en cuatro días, asistido del escribano don Francisco López⁽¹⁶⁾ sin suspender el trabajo que fue muy penoso, ni aún en las horas de descanso, por las citas que debían evacuarse fuera, logrando así no sólo dar con la mano sacrílega que había escrito aquellos versos, sino también con la casa donde se habían tirado para hacerlos correr; de manera, que si pronta fue la pesquisa, pronto fue igualmente el castigo de los culpables, con lo que se satisfizo la vindicta y se restableció la tranquilidad del vecindario.⁽¹⁷⁾

En medio de esto, crecían nuestros temores respecto a la invasión de nuestros vecinos los negros. Por fin, reventó sobre nosotros la espesa nube de la desolación y de las desgracias. Aquellos anuncios vinieron a realizarse, y ya descargó sobre nosotros la tempestad. El 11 de enero del inmediato año de 1801 forzaron los negros con numerosa tropa, al mando del negro Moyse, sobrino de Toussaint, que se titulaba general de brigada, el territorio de Santiago, con destrozo de las pocas tropas improvisadas que le salieron al encuentro, y que nuestro general don Joaquín García había consignado allí para resistir su entrada; después que había admitido desde la capital los poderes que el general

francés M. José Roume había traído de Napoleón, y sustituido en Toussaint, que por entonces se pronunciaba súbdito, amigo y aliado de aquella República (Francia). Fuese error, fuese confianza o debilidad, lo cierto es, que nosotros animados por el mismo general, con la mejor intención, hicimos una vigorosa resistencia, viendo morir en ellas algunos individuos, padres de familia, como el capitán don Cayetano Rosón,⁽¹⁸⁾ sin que nos quedara otro arbitrio que ceder a la muchedumbre, bajo una capitulación que dictó la ley de la necesidad y el conflicto, sirviendo de parlamentarios cerca del jefe negro, el presbítero teniente cura don Juan Pichardo, y el capitán de dragones don Domingo Pérez Pichardo, ambos mis primos hermanos, que fue admitida sin la menor repugnancia. Con esta salva guardia con que cesaron las hostilidades de ambas partes entró al siguiente día el general negro y su tropa fijando en el fuerte de la entrada el pabellón tricolor (la bandera francesa) en señal de victoria y de nuestro rendimiento.

CAPÍTULO III

En la noche de este mismo día, acabó de entrar el ejército haitiano, compuesto de 2,500 soldados, que acampó en la plaza de la Iglesia mayor, haciendo pabellones la fusilería, y el jefe no destinó otro punto para su descanso que la puerta del templo de Nuestra Señora del Carmen, que hace esquina en la misma plaza hacia la parte del nordeste. En aquel momento, que serían cómo las ocho, hizo venir a su presencia a los Alcaldes y demás autoridades que no habían abandonado la ciudad, como los demás vecinos, el día de la alarma, y después de haberlos arengado su entrada figurándonos nuestro ángel tutelar, les despojó de los bastones⁽¹⁹⁾ para devolvérselos diciéndoles en frases muy significativas, que hasta allí habían gobernado en nombre del rey de España, pero que en lo adelante, debíamos estar entendidos que íbamos a ser gobernados a nombre de la República Francesa.

Al día siguiente 12, como advirtió que el pueblo estaba desierto, porque todos, al toque de generala del anterior habían salido del modo que pudieron, hasta dejar sus casas abiertas, para refugiarse en los campos, hizo publicar un indulto, para que se restituyesen todos a sus hogares,

prometiéndoles seguridad y la protección de su gobierno. Con esto ya poco a poco fueron volviendo los vecinos a ocupar sus casas, y el ejército negro se acuarteló, repartiendo guardias, disponiendo los destacamentos, y haciendo marchar parte de la tropa para la capital a reunirse con la del general Paul Louverture, hermano de Toussaint, que por la Banda del Sur iba con los suyos tomando los pueblos del centro para hacer lo mismo en aquella.

CAPÍTULO IV

Aquí debemos hacer una pequeña digresión para salvar lo que pueda llamarse contradicción en lo que hemos expuesto, respecto al comisionado francés Roume y nuestro general español (Joaquín García) en sus disposiciones. Se ha dicho que éste, a tiempo de que había reconocido y admitido los poderes de aquel para tomar posesión de la isla a nombre del Gobierno francés, enviaba tropas y jefes que en las fronteras lo resistiera, cuando ya estaba amparado de los poderes con que reclamaba la entrega en virtud del tratado de Basilea. Efectivamente: así lo vimos, y lo tocamos prácticamente; pero esto no es, ni puede ser, sino efecto de circunstancias que en momentos tan críticos, como aquellos en que nuestro general se hallaba, y a la distancia en que nos veíamos no alcanza a precaverlos o remediarlos la humana inteligencia. Toussaint, observando que el comisionado Roume había estado en Santo Domingo largo tiempo, sin haber tomado posesión de la isla cuando estaba autorizado para ello, envió allí en comisión al general mulato Agé, para que a su nombre y como súbdito aliado del jefe de la República (francesa), reclamase al general nuestro para el cumplimiento de aquel tratado,

mediante a que tenía en su poder las facultades con que se había autorizado al comandante Roume que se las había transmitido. El comisionado Agé puso en conocimiento del Ayuntamiento español su misión, y apenas lo entendió el pueblo, que esperaba la retrocesión de la isla, se puso en alarma hasta el extremo de querer asaltar el convento de las monjas de Santa Clara, que ya habían emigrado a La Habana, y donde nuestro general lo había mandado a alojar, siendo preciso no solo que le pusiese seria custodia para guardar su persona, sino prevenirle que saliese de la ciudad con escolta a la larga distancia, para evitarle un atropellamiento del populacho. Impuesto Toussaint, a la llegada de su enviado, de lo ocurrido, tomó a desaire y a desprecio su autoridad el tratamiento que había sufrido, y desde entonces emprendió los medios de venganza sobre la parte española y arrancó a Roume los poderes para tomar a la fuerza posesión de ella, caso de no adquirirla de otro modo.

Con este objeto hizo poner en marcha un formidable cuerpo de ejército por la banda del norte, de que ya hemos hablado, al mando de su sobrino Moyse, general de brigada, con quien se tuvo el encuentro al entrar en Santiago, y otro de doble fuerza por la banda del sur, a las órdenes de su hermano Paul Louverture, ambos bajo su inmediata inspección. Este último, que es el de que ahora nos ocupamos, una vez que se acercó a las orillas de la capital, fue acometido por el nuestro, que formado de improvisó le esperaba; pero su guardia avanzada, que mandaban los

capitanes Juan Barón y don Domingo Pichardo, oficiales de mérito conocido, fue dolorosamente destrizada, después de haber hecho una resistencia sin ejemplar, que los llenará de gloria por una lucha tan desigual en fuerzas, con mucha pérdida de gente. Este desastre fue en la sabana que titulan de Nagá, cerca del castillo de Jaina, donde se replegó la tropa que quedaba. En este estado de deplo-
ración y constituido Toussaint, con ambos ejércitos en el punto que llaman Boca Nigua, ingenio del Marqués Irlanda, a tres leguas de la capital, se trató de treguas, en virtud de las cuales, bajó a Santo Domingo el general Ydlenger, y de allí volvió a Boca Nigua, acompañado en clase de parlamentarios, los señores don Leoncio del Monte,⁽²⁰⁾ que murió en La Habana, de Asesor general del gobierno de don José Sterling, murió en Puerto Príncipe (Camagüey, Cuba) siendo oidor, y el oficial real don Francisco de Gascue, con quienes se ajustó la paz, reducida a que entrase Toussaint, según lo convenido, glorioso y triunfante, con la majestad de un soberano, a tomar posesión de la capital, recibiendo de mano de nuestro general español las llaves de la ciudad y sus fortalezas, para llevarlo después con el Ayuntamiento a la catedral, a entonar un solemne Te Deum, y concluido éste, a la casa de Palacio, dándole la derecha al huésped en su coche.

Así quedó constituido en este aciago día el ominoso gobierno que tantas amarguras datas, y tantas lágrimas ha arrancado a los desgraciados hijos de aquel país (el autor escribía desde Cuba), en medio de su felicidad por un

afecto de su amor y ciega obediencia a la voluntad de su monarca (español).

Estas alternativas, la distancia de los pueblos, la dificultad de las comunicaciones oficiales por caminos frágiles y dilatados, que apenas dejaban obrar sus efectos con oportunidad a las órdenes que dictaba el gobierno y otra infinidad de incidencias que bien se dejan concebir, en tales momentos y en épocas de calamidad, todo esto es lo que a veces hace parecer implicada, o extraviada, la autoridad en sus disposiciones, por lo tanto, yo creo y debemos creer, en fuerza de la justicia, que cuanto se obró, y cuanto se sufrió en aquellos días de desolación y desgracia no fue más que el destino, que estaba decretado, para que se sucedieran los hechos de un modo imposible de que la humana inteligencia pudiera evitarlo; pues es mucho más que cierto, y demasiado acreditado, que lo que ha de suceder, no ha fuerzas que lo embaracen.

CAPÍTULO V

Volvamos al hilo de nuestra narración principal. Luego que el nuevo jefe tomó posesión de la isla bajo las ceremonias y aparatos que él mismo marcó a nuestro general,⁽²¹⁾ permaneció gobernándola hasta que arribó por el Guáricó,⁽²²⁾ la armada francesa al mando del general en jefe Leclerc, cuñado de Bonaparte (Napoleón), con un cuerpo del ejército de más de catorce mil hombres, a cuyo poder pasó, después que fue preciso rendir los castillos de aquel puerto, y capturar la persona de Toussaint con todos sus satélites.⁽²³⁾

En el tránsito de un gobierno a otro (de Toussaint a Leclerc), sufrimos los naturales toda clase de insultos, salvando los peligros que teníamos encima, de una gente que ya abatida por los blancos, no economizaban la bayoneta o el sable, donde quiera que fijaba la vista, mientras le quedaba el momento de hacer el mal, y tomar venganza, a pesar de la vigilancia con que se les observaba, que durante su gobierno (de Toussaint) fuimos vejados de todos modos y niveles con nuestros mismos esclavos en el servicio de las armas, y en todos los actos públicos.

En un baile que dieron para celebrar la entrada de Moyse

(sobrino de Toussaint), antes de la venida de la armada francesa, se me hizo la gran distinción por el bastonero de sacarme a bailar con una negrita esclava de mi casa, que era una de las principales del baile porque era bonita, y no tuvo otro título ni otro precio para ganar su libertad, que la entrada de los negros (haitianos) en el país con las armas de la violencia. Infinitas veces provocaron los oficiales de esta tropa, lances en que buscaban el movimiento más insignificante de un blanco para romper con un degüello, con un incendio, o cualquier otra maldad que les autorizase al pillaje y al saqueo, de los que nos preservó la divina providencia, dándonos un sufrimiento y una prudencia sin la cual habíamos seguido la suerte de nuestros paisanos de la parte sur, que por el resto de la isla andaban errantes, testificando con su miseria su desgracia, llorando este al padre, aquel a su hijo, unos a la esposa sacrificada brutalmente, y otros al inocente inmolado en la punta de una bayoneta, donde se le esperaba después de tirarlo al aire.

No es fácil reducir a breves páginas, la multitud de amarguras, sobresaltos y angustias, que tuvimos que experimentar en aquella espantosa crisis. Felizmente los de Santiago no vimos a Toussaint más que tres días, pues su partida fue violenta y secreta como lo tenía de costumbre; pero ya había dejado la orden común de que, a su retirada, fuésemos todos pasados a cuchillo, a la manera que lo habían sido por sus tropas los pueblos de Bánica, Híncha, Azua y otros del departamento del Sur, que habían sido los primeros que habían ocupado. Como Toussaint, con su alta

hipocresía cubría una alma infernal y un corazón de tigre que solo respiraba sangre, fuego y muerte, todos le temíamos, a pesar de sus protestas de seguridad y protección.

Cuando bajó a Santiago, donde llegó a eso de las cuatro de la tarde, antes de ocupar la casa que se le tenía preparada⁽²⁴⁾ se dirigió a la Iglesia. A esa hora hizo llamar al señor cura don Juan Vásquez,⁽²⁵⁾ para que pusiera de manifiesto el Santísimo, y después del Te Deum que entonó acompañándole sus oficiales, pidió la bendición con la custodia⁽²⁶⁾ repartiendo a su salida varias limosnas que continuó en su casa con otros actos de virtud con que disimulaba sus negros designios. Estableció la Municipalidad, compuesta de tres miembros, uno blanco, otro mulato y otro negro (el alférez real don Antonio Pichardo,⁽²⁷⁾ hermano de aquél, el mulato tendero Antonio Peres y el pardo honrado Casimiro, capitán de morenos del gobierno español) y dejó varias disposiciones que muy luego se realizaron, nombrándome defensor público cerca del tribunal de primera instancia, que pocos días después quedó instalado. Al fin de estos tres días desapareció sin nadie saberlo, y luego se supo que había mandado de capitán al sobrino Moyse, haciéndole volar la cabeza a la boca de un cañón, por no haber ejecutado en nuestro país (ciudad) el degüello que había dejado prevenido para el día de Corpus. Sustituyó el mando del Departamento en el general mulato Clerveaux, de quien los naturales merecimos bondades, segundándole el general de Brigada blanco Mr. Pageot, que evitó cuanto le fue posible nuestras desgracias, y particularmente el

degüello decretado, que hubiera sido atroz y consumado en un día en que a todos nos cogía arrodillados en la plaza, adorando al santísimo, que en manos de nuestro cura salía de la parroquia para seguir la procesión, y que sólo se esperaba la señal del jefe negro, por medio de un pañuelo blanco, para ejecutar el sacrificio, siendo éste uno de los grandes beneficios que tuvimos que agradecer al general Pageot que supo y pudo evitarlo, en medio de su compromiso con aquel gobierno, por la diferencia de color.

En este estado permanecimos tolerando una igualdad que veíamos acompañada por todas partes de la ignominia y de la cruel amenaza, pues ya se adelantaban los oficiales negros a pretender relaciones con las principales señoritas del país (de la ciudad de Santiago), comprometiendo a cada paso el honor de las familias y la tranquilidad que acabamos de perder, algunos pudieron lograr la salida de la isla para otros puntos de la monarquía española⁽²⁸⁾ a fuerza de sacrificios personales y pecuniarios, humillándose a las concubinas de aquel monstruo con gratificaciones cuantiosas, para que mediasen en la consecución de un pasaporte, que era todo lo que se pretendía, para alejarse de un gobierno sostenido solo por la tiranía, y donde el primero de los delitos era ser blanco y haber tenido esclavos.⁽²⁹⁾ Sin embargo de estos sacrificios y de estas humillaciones, no se permitía llevar consigo ni aun aquella gente de color libre que voluntariamente quería emigrar, o no querían separarse de aquellas personas con quienes habían pasado su juventud recibiendo beneficios. Esto era prohibido con

pena de muerte, y todo era buscar motivos para hostilizar.

Cuantas veces estábamos bailando, jugando o divirtiéndonos con los oficiales en términos más amistosos y bajo la más fina armonía, hasta las dos y las tres de la mañana, y a las siete del mismo día, veíamos a los compañeros con quienes bailábamos, a la cabeza de sus compañías para asustarnos, dentro de nuestras propias casas, cuando aún no habíamos dejado la cama, con el artificioso pretexto de examinar si teníamos negros ocultos. Muchos de ellos se arrojaban hasta los dormitorios de las señoras, levantándoles osadamente la sábana con que se cubrían, sin dejarles tiempo para tomar un vestido.⁽³⁰⁾ En este día fue cuando más conocimos todos los beneficios que nos dispensaba el cielo, armándonos de una prudencia y de un sufrimiento que no tiene ejemplares, porque de otro modo ese día se habría inundado el pacífico cielo de Santiago en sangre.

Así sucesivamente fuimos pasando los días de amargura que nos presentaba un gobierno enemigo de nuestro color, que formaba nuestro principal delito al frente del suyo. Sólo nos ocupábamos en estudiar el modo de salir de tantas zozobras y de tantos peligros, sin demostrar sentimiento, porque aun esto se estimaba como delito, y costaba cuando menos un destierro al Guarico (Cabo Haitiano), donde infaliblemente moría o una prisión que solo era redimible con mucho dinero.

CAPÍTULO VI

Al cabo de estos y otros padecimientos, que piden largos comentarios, supimos que había llegado la armada francesa, al mando del general Leclerc, enviado por Napoleón, su cuñado, para quitar a Toussaint, el que autoritativamente se había apropiado, y aunque éste hizo una tenaz resistencia a entregarlo, tuvo al fin que ceder a la superioridad de las fuerzas, y nosotros hallándonos en el centro de la isla con la guarnición negra que tanto nos había insultado, temíamos que antes de entregarse y reconocer al jefe de la armada, hubiéramos sufrido nuevos ultrajes y nuevas provocaciones, para llamarnos al punto en que nos hubieran entregado cadáveres envueltos en pavesas y cenizas, para satisfacer el coraje del caudillo.

Por fortuna, el general mulato Clerveaux, que teníamos de Comandante, más humano que sus soldados, supo contener aquellos impulsos, oyendo los prudentes consejos del ilustrado obispo Mauvie,⁽³¹⁾ enviado de antemano por Toussaint y que se hallaba en Santiago con nosotros, tomándose el trabajo de pasar personalmente a Montecristi, a tener una entrevista con el general para volver a Santiago a persuadir a Clerveaux de la necesidad en que estaba de

resistir toda orden contraria a la entrega de la isla y a la precisión de ceder a la suprema voluntad, para no sufrir los efectos de la Proclama del primer Cónsul, dirigida a los habitantes de Santo Domingo, fecha 18 de noviembre, diciendo “que todo el que se separase del capitán general, sería mirado como traidor a la patria, y la cólera de la República (francesa) le devoraría como devora el fuego nuestras cañas secas”. Con este documento tan perentorio, y lo que había pasado en el Guarico, no sólo pudo reducir a su casero Clerveaux, sino que le movió a publicar en medio de la plaza, sobre un tablado, que al intento mandó levantar, una proclama en que manifestaba a los suyos la disposición del alto gobierno, y el peligro en que se ponían, de ser condenados al furor de una desobediencia de tan enorme peso, cuando ya las ciudades principales habían reconocido el gobierno francés, y se habían entregado.

De este modo rebajó el ánimo de aquellos rebeldes, que no podían ocultar la soberbia y el coraje de que estaban poseídos, y la guarnición francesa entró en Santiago triunfante, al mando del general de brigada Claparedes, que quedó de nuestro Comandante, y a quien recibimos, como es de inferir, entre júbilos y aclamaciones de alegría, como a un ángel enviado del cielo, para redimirnos de una muerte cierta y salvarnos de los abatimientos a que estábamos condenados todas las horas del día y de la noche.

A pesar de todo esto y de las medidas de seguridad que se tomaron, tuvimos, como hemos dicho, mucho que sufrir en el cambio de gobierno. Sobre las iniquidades y zozobras

que debían naturalmente acompañarnos, fue preciso prepararnos para el tránsito de las tropas que bajaban de la capital, y que habían, por necesidad de pasar por Santiago para el Guarico, capitaneadas por el general negro Morepeaux, conocido por sus atrocidades, pero todo el celo del general blanco, y todas sus precauciones, disponiendo que su salida fuera por trozos, acompañándole hasta la distancia de más de dos leguas de la ciudad, no pudo evitar que pereciera el honrado vecino don Pedro Covos de un balazo que le disparó un negro de los del tránsito, estando en su casa, sin duda para provocar un movimiento de armas que provocase el pillaje y el saqueo, de costumbre entre ellos.

CAPÍTULO VII

Con este cambio feliz, sentimos el placer que promete la tranquilidad perdida hasta entonces, y ya libre de semejantes monstruos, nos entregamos todos a las diversiones y festejos públicos, tributando al Altísimo en sus templos los más fervientes votos de gracias por el bien que nos acababa de dispensar, librándonos de las garras de aquellos caníbales de quienes todo lo malo era de esperar. Más ay! ¡Cuán efímeras fueron nuestras glorias! ¡Cuán cortos los días de placer y de descanso! El clima, enemigo del europeo, dentro de poco, sólo dejaba las reliquias de la tropa francesa.

La primera víctima fue el general de la armada Leclerc. Se siguió su ayudante general, y casi todos sucumbieron al rigor del verano, sin quedarnos esperanza alguna de reposición. Los negros escapados y reunidos en aquellas inmensas lomas y dilatados bosques, conocieron que se les presentaba la oportunidad de alzar nuevamente el grito y volver a dominar la isla a poca costa. El negro Dessalines, furioso, vengativo y cruel por temperamento, supo recordar sus antiguos servicios prestados con la sangre de los blancos, en los millares de víctimas inmolados a su

ferocidad en tiempo de su primitivo mando. Armó como pudo su gente y vino desde el Guarico, ya apoderado de las demás fortalezas del tránsito para constituirse primer jefe del ejército que tituló indígena.

CAPÍTULO VIII

En estas circunstancias el general Rochambeau, sucesor del general Leclerc, recibió la orden del gobierno para que se estableciese en el Guarico. A esta plaza llegó el 24 de junio donde se halló bloqueado por un crucero inglés, que cerraba también los puertos de Puerto Príncipe francés y Los Cayos. El general (francés) Lavalleyer residente en el Cabo, tuvo que capitular con Dessalines. Todos los puertos se rindieron menos Jeremías, que fue abandonado por el general Fresinet. El Cabo bloqueado por una escuadra inglesa, dio motivo para que los notables de allí, suplicaran al general en jefe que tratase con la escuadra, lo que no se consiguió por lo exagerado de las proposiciones que el comodoro inglés hizo a Rochambeau el cual prefirió entenderse con el bárbaro Dessalines, que le concedió diez días para retirarse, y no pudiendo escapar de los ingleses se vio precisado después de este plazo, a entregarse a la escuadra, donde iban todos los blancos que habían sobrevivido al desastre.⁽³²⁾

Luego que Dessalines se apoderó de la plaza no pensó más que en tirar imposiciones sobre los pueblos de la parte española para las urgencias de su armada. En la

capitulación que se tuvo, nada se tocó relativo a los pueblos españoles, pero el astuto Dessalines, al día siguiente, pasó oficio al general preguntándole si en ella estaba comprendida esta parte de la isla, y aquel, que pudo salvarnos en su contestación, la limitó a decirle que los habitantes, posesiones y todo lo gubernativo de España⁽³³⁾ debía entenderse comprendido en los tratados de Basilea, y por lo tanto, sujeto al gobierno que conforme a ellos estaba mandando; respuesta que nos condenó a nuevos procedimientos y peores desastres, como muy luego experimentos, y que pudo evadirse sujetando la resolución al alto gobierno a quien se daría cuenta oportunamente. Ello es, sin embargo, muy cierto y muy conocido, que el general negro anduvo mejor avisado que el general blanco, pues aquel supo aprovecharse de todas estas circunstancias, para ligar las manos a este y quedar dominando la isla, menos la capital, a beneficio de los nuevos y buenos medios de defensa, de que carecieron los demás pueblos internos.

Por lo respectivo a éstos, tan luego, como se apoderó de ellos, los cargó de exorbitantes contribuciones, llenas de amenazas, y muy difíciles de cumplir; tanto por el azote de las requisiciones que habían sufrido durante el gobierno de Toussaint, que eran diarias, del General blanco, mientras gobernaba bajo el especioso pretexto de mantener la guarnición, cuanto porque la mayor parte de los vecinos pudientes habían emigrado, reduciendo a dinero lo que podían sin curarse de los demás intereses que dejaban perdidos.

Planteado ya su ominoso gobierno, ofició desde el Guarico al consejo departamental, nombre que se subrayó al Ayuntamiento antiguo español por el general francés Mr. Ferrand que se hallaba con nosotros, pidiéndole cinco millones de libras, moneda que no se conocía en el país, para las urgencias de la armada indígena, asegurando que ya las demás parroquias, pueblos, partidos, recién conquistados habían llenado este deber. Una demanda de esta especie en tiempos tan afflictivos, bien claro nos decía que era la primera amenaza con que debíamos contar, o un pretexto para invadirnos en cuanto les faltásemos, pues no podía ignorar la penuria en que estaba todo el departamento por los motivos ya indicados, desde la entrada de Toussaint hasta la época en que pidió esta contribución.

El cabildo o Consejo departamental, presidido por el mismo Ferrand, viéndose sin arbitrios ni recursos para salir del conflicto, y bien cierto, que si no la pagábamos, tendrían muy pronto encima la tropa negra para tomarlo todo por la fuerza, junto con nuestras personas, acordó enviar una diputación cerca del general negro compuesta del presbítero don Juan Pichardo,⁽³⁴⁾ don Domingo Pérez Pichardo, primos hermanos, don Antonio Geraldino, Don José Mendes, y yo, que hablaba el francés, y el mulato José Tavares, el criollo; y a quien por su color había nombrado Dessalines comandante de la plaza, para que pasásemos al Guarico, como lo hicimos al siguiente día, y le manifestamos la imposibilidad en que estábamos de llenar en numérico la contribución impuesta al departamento, fundados

en las más que notorias razones que se han demostrado: que para acreditar nuestra obediencia y buena disposición a cumplir sus órdenes, enviaríamos ganados de todas clases, prendas de oro y plata y aun las alhajas de los templos hasta llenar la suma pedida. Así autorizados con nuestros competentes pasaportes, nos pusimos en camino dirigiéndonos al pueblo de Bayajá, para embarcarnos por allí al Guarico, evitando el peligro que presentaban a aquellos parajes por tierra, llenos de negros que sin reserva y sin temor, asesinaban a todo blanco, seguros de toda impunidad.

CAPÍTULO IX

Al cabo de dos días tomamos allí un pequeño barquichuelo, o canoa con vela, por orden del gobierno, con el nombre de Passerpartout, cinco negros de tripulación y uno que llevaba la voz de capitán. Con ellos dimos la vela para el Guarico, que casi estaba a la vista, porque la travesía es muy corta, y cuando creíamos llegar, a las cuatro o seis horas, notamos que cerca de la noche, el capitán, separándose de la costa, se tiró mar afuera, a pesar del buen tiempo que reinaba, casi perdiendo de vista la isla, cuya maniobra nos hizo entender que procedía de mala fe y con no buenas intenciones. Comenzamos a temer, mirándonos unos a otros la cara como quien da un aviso reservado de alarma, y nuestras sospechas se fueron aumentando al observar que cerraba la noche y que el buque no hacía rumbo sino para dejar por la espalda el puerto de nuestro destino, sin que ni la pequeñez de la embarcación en aquella altura, ni la oscuridad en que íbamos entrando, le hiciese variar de dirección, viéndonos a todos mojados y a punto de zozobrar. Es de considerar cuál sería nuestra inquietud y nuestro cuidado, cuando a todo esto advertíamos que todos los movimientos y ademanes del capitán, no menos

que su silencio con los marineros era todo disimulado, y que lo poco que hablaban apenas se dejaba entender. Ya fue preciso entre nosotros comenzar a tomar precauciones también disimuladas, que no dejó de comprender el capitán, pero aun esto veíamos que le era indiferente y que adelantaba su propósito, entregados, como estábamos, a su capricho.

A las doce de aquella noche, viéndonos en tal situación, y ya considerando muy cerca el peligro que nos amenazaba, con una gente que nada perdía con tirarnos al agua, sobre aquellas costas desiertas, y ampararse de nuestros pequeños equipajes, tomamos el partido de la resistencia, y nos dirigimos al capitán, manifestándole que nos era muy extraño en sumo grado, el manejo que le estamos observando con respecto a la dirección del buque, pues veíamos al giro que hasta allí le había dado, y que desde luego tratase de variarlo, so pena de que estábamos decididos a cortar de cualquier manera el que llevaba. Sorprendido con esta intimación temió y sin replicarnos varió, no para el puerto, sino a las costas porque ya estábamos para girar como se lo pedíamos.

Metidos en una pequeña ensenada, a eso de media noche, sentimos que nuestro gran bajel encallaba a distancia como de 20 a 30 pasos de tierra, lo que también nos fue muy extraño aunque poco cuidado nos dio, pero el capitán todavía en esta situación se prometía sacar partido de esta ocurrencia, sin duda intencional, para llenar sus miras, o preparar alguna disculpa que nos alejase de toda

sospecha, pues con un tono contemplativo nos instaba que bajásemos a tierra, tratando al mismo tiempo de inspirar-nos confianza, para ganar nuestra condescendencia; pero muy distante de creerlo todos convenimos entonces medidas precautorias de seguridad contra sus maquinaciones.

El capitán Pérez, mi primo, entendíamos el francés criollo, y tomábamos las palabras que se escapaban al del buque cuando hablaba a los suyos, y advertimos que todo su empeño era que dejásemos el buque para ponerlo a flote, sin necesidad de sacar nuestros equipajes que decía eran de poco peso. Francamente nos negamos y lo que nos pareció prudente fue dividirnos, pasando unos a tierra y quedando otros a bordo al cuidado de los equipajes. De los primeros fuimos el presbítero Pichardo y yo. Pasamos a tierra y allí nos tendimos sobre la arena, tapados los dos con su turca esperando el día, por temor de que los negros dispersos todavía con el calor de la campana que no reparaban tirar a cualquier objeto siendo blanco, hicieran otro tanto con nosotros a la sombra de la noche y en aquel paraje.

Al amanecer, nos asombramos, cuando vimos el paraje en que nos había arrimado el maldito capitán, separándonos del puerto de nuestro destino. Entonces nos convencimos de la perversidad de su intención, y mucho más, por la sorpresa que le causó oírnos hablar en francés, y que tratábamos de dar cuenta al gobierno de la conducta que había observado aquella noche con nosotros.

CAPÍTULO X

Por fin a las diez de aquella mañana llegamos al muelle del Guarico: nos desembarcamos: fuimos seguidamente a ver al general que nos aguardaba en su gran palacio con toda la comitiva. Nos hizo mil cumplidos, y todos los suyos nos prodigaron lisonjas. Nos repitió todas sus campañas y todos sus triunfos contra los franceses, de quienes hablaba y se expresaba con acritud, tratándolos de falsos, perjuros y sacrílegos, pues que habiendo ofrecido a su entrada proclamar la libertad absoluta de los negros, aun de aquellos que habían tomado las armas contra ellos, poniendo por testigo al sacramentado, faltaron a todas sus promesas luego que se vieron señores del país. Nos estimuló a la fidelidad de su gobierno, y a cada uno nos dio un diario de campaña donde se describían detalladamente todos los sucesos de ella y concluyó por enviarnos con el primero de sus edecanes a una decente fonda, en que nada nos faltó y todo lo tuvimos con aseo y abundancia. Aquella noche fuimos al teatro, donde se efectuó una excelente ópera por franceses blancos que celebramos en medio de nuestro sobresalto viéndonos rodeados de aquella turba feroz.

Al siguiente día volvimos a ver al general que nos recibió con las mismas muestras de aprecio, y muy luego nos despachó con la respuesta de nuestra Comisión, que era todo lo que apetecíamos, para dejar un país donde no podía el blanco contar con la seguridad de su persona, ni con el reposo de su casa, pues por todas partes se veían grupos de una soldadesca negra con el aire del pillaje, respirando venganza hasta por los ojos. Pronto dimos vela para Bayajá en el mismo barquichuelo que nos había llevado porque no había otro de que disponer, y casi nos sucedió a la vuelta como a la ida, comenzamos a navegar a eso de las siete de la mañana y al ponernos frente al río que llaman Grand Riviere, se rompió el débil palo que sostenía la única y pequeña vela de que constaba, y tuvimos que arribar a este punto para reparar tamaña avería que nos costó más trabajo que el de cortar un pedazo de caña brava o bambú y colocarlo en lugar del palo perdido. A las 24 horas rendimos el viaje a Bayajá, donde pernoctamos, y en seguida nos pusimos en marcha por tierra para Santiago, a dar cuenta de nuestra malhadada comisión. Entregado el pliego de su contestación a nuestros comitentes, se procedió a su apertura cuyo contenido no era más que reiterar la primera ordenanza, pues aunque no devolvió aquel jefe los animales y alhajas que mientras tanto se le habían enviado, para ir preparando su ánimo a favor de nuestra oferta, todas las desentendió por falta del numerario, y seriamente prevenía que se precisase la resolución de la cantidad pedida, así como lo habían verificado ya las demás parroquias (esto

era falso, porque casi todas estaban desiertas) llenando contingente, porque lo que se necesita era numerario y no otra especie.

Semejante respuesta en tan amarga crisis y el tono tan destemplado, nos puso en la mayor consternación, porque sabíamos que a la menor demora vendría sobre nosotros la fuerza armada y tomaría lo que se le antojase, sin detenerse ni en el modo, ni en los medios, ni sobre lo que hacía, atropellando cuantos principios conoce la moral, el pudor y la justicia. Con efecto a pocos días llegó a Santiago una guarnición, como de 200 negros, al mando de Campo Tavárez, el mulato que había sido nuestro compañero de viaje con el nuevo carácter de jefe de brigada y comandante interino de la plaza, que nos presagió lo mismo que después tuvimos que experimentar. Esta circunstancia nos favoreció mucho, porque al fin Campo Tavárez⁽³⁵⁾ aunque mulato, era español y nos conservaba aquel prestigio de miramiento y de respeto del tiempo en que vivió bajo otro sistema diferente; pero este consuelo nos fue también muy pasajero, porque su relevo no tardó mucho, subrogándose el mando que tenía en el mulato Joubert, a quien se le dio en propiedad. Este, desde luego, comenzó a poner en práctica los planes de exterminio y desastre que su jefe tenía atrasado contra los del país.

CAPÍTULO XI

El departamento y Santiago, su capital, miraban ya cerca estos momentos y contemplaban víctimas de la ferocidad de aquellos tigres, sedientos de oro y de sangre de los blancos. No sabíamos qué hacer, ni qué partido tomar. Salir del país era cosa imposible, y mucho más imposible resistir, porque todo nos faltaba, y el golpe era inevitable, pues hasta el descontento y la tristeza era para ellos delito de pena capital. Todos eran conflictos, apuros y confusiones. Todas eran dificultades insuperables y el término de la contribución en vísperas de concluir. Ya solo se trataba de ver cómo se ganaba tiempo, a costa de sacrificios, para retardar o entretener el voto de nuestra condenación que tenía sobre nosotros su pronunciamiento. No nos quedaba otro consuelo, ni otro remedio, que el de procurar pasarnos a la capital para ponernos al abrigo de sus murallas; pero, con qué atravesar unos caminos tan fragosos y dilatados, como los que separan a Santiago de Santo Domingo, en que es preciso vencer multitud de lomas peligrosas que sirven de pie a las nubes, y ríos caudalosos que apenas pueden vadearse. Alguno, tal cual, podría sufragar estos gastos y arrollar estos inconvenientes; pero éstos serían

muy contados; y el pueblo ya saqueado? La muchedumbre? Más adelante se verán los resultados que tuvo.

En este laberinto de ideas y proyectos, al frente de tan inmediatos peligros, no ocurrió otro arbitrio que pareciese disimulable, que el de enviar una segunda comisión cerca del general Dessalines, que con nuevas súplicas, y más eficaces promesas, le hicieran admitir nuestros primeros ofrecimientos, encareciéndole el estado de miseria en que se hallaba el país, por las muy notorias causas que ya se habían recomendado al gobierno. Después de muchas y dilatadas conferencias, vino a ser adoptada esta como más asequible, y que parecía la única que permitían las circunstancias: pero no se sabía de quién echar mano para que la desempeñara, por razón de los peligros que tenían que atravesarse en momentos tan críticos, porque ni era justo comprometer a los primeros que ya los habían pasado, ni prudente ponerla en manos de quien no estuviese adornado con las cualidades que pedía el caso, y entendiese el idioma con que debía hacerse entender en aquel país para asunto de tanta importancia. No hubo remedio, fue preciso volver a mí para encargarme de la nueva comisión, y aunque pude haberme excusado con razones muy justas y poderosas que cualquiera conocerá, no me fue posible desatender las instancias suplicatorias de la corporación que me elegía, ni encontrarme indiferente a los intereses del público, cuando se me encarecía que en mis manos estaba la salvación.

Es ocioso manifestar cuánta sería la oposición de mis padres a empresa de tanto riesgo; más yo, todo lo supe

olvidar en gracia del bien común. Cerré los ojos: me abandoné al destino, y todo lo que pedí fue un compañero de confianza con quien auxiliarme en los casos de necesidad dejando la familia llena de pena. Al momento se presentó éste, que pareció a propósito porque entendía el francés criollo, y era amulatado,⁽³⁶⁾ llamado Domingo Pérez, con la idea de que viesan los negros que los blancos comenzaban a ser apreciados de la gente de color y que contemporizáramos con su gobierno.

CAPÍTULO XII

Inmediatamente partí para el Guarico,⁽³⁷⁾ no por Bayajá como la vez primera, sino por Montecristi, en unión de mi compañero. Allí me asaltaron unas calenturas, que me demoraron cuatro días; pero el quinto, sin esperar otra cosa, nos embarcamos, y como a las ocho de la noche llegamos a nuestro destino con indecible trabajo, pues yo caí al agua cerca del muelle, creyendo que estaba cegando aquella parte de la bahía para seguir al palacio que estaba levantando el general Cristóbal en sus inmediaciones. Dessalines casualmente se hallaba fuera, en Los Cayos que llaman San Luis, quedando a cargo de aquel el gobierno, nos despachó según las instrucciones de éste. Me asombré al ver la magnificencia de su gran palacio, boato, el lujo, sus insignias, y el aparato de su guardia de honor, que tuve ocasión de observarlo todo en más de una hora que se mantuvo dando pasos conmigo en la sala, mientras conferenciábamos sobre el objeto de nuestra comisión. Agradeció mucho nuestra primera visita, y nos dispensó como diputados, todas las distinciones acostumbradas en casos iguales. Nos designó un decente alojamiento y muy luego quedó concluida nuestra conferencia, ofreciendo

contestar al siguiente día el pliego que había puesto en sus manos...

Al siguiente día nos pusimos en marcha y tomamos el rumbo para Montecristi creyendo llegar antes de la noche lo que no fue así. En Santiago deseaban el regreso. No habiendo dado resultado esta segunda misión pensaron en refugiarse en la capital, para donde habían retirado ya sin esperarlos el general Ferrand y don Andrés Muñoz Caballero, imitándolos todo el que pudo, aprovechando para unirse a las tropas que aquel jefe había podido sacar de Santiago.

Cristóbal no dormía ni se descuidaba. Mandó una fuerte guarnición con órdenes secretas, observando la falsa política de hacerse obsequioso y benévolo para obstruir la emigración a la capital y asegurar mejor los tiros de su desesperada venganza por los sucesos pasados en el gobierno de los franceses. Todo esto sucedió del mes de diciembre de 1803 al mes de mayo de 1804. Los negros se mantuvieron tranquilos hasta el 15 de este último en que Ferrand desde la capital reunía los naturales de La Vega, Cotuí y Santiago, con alguna de su tropa de línea al mando de su ayudante, Dervaux para dirigirse a este último punto (Santiago) en compañía del capitán don Domingo Pérez con el carácter de comandante de plaza, a expulsar la guarnición que la ocupaba.

El 15 a las tres de la tarde se les dio el asalto sorprendiéndolos y no les quedó otro recurso que el de replegarse en la plaza, donde tenían sus almacenes. Allí se

atrincheraron, arrancando las puertas de las casas y colocarlas en las esquinas para que les sirvieran de baluarte. A los naturales blancos y a toda la gente de color, libres o esclavos, los obligaron a que tomaran las armas contra los que venían de fuera. Estos se acamparon en la plaza contra del convento de La Merced, una cuadra de por medio de la mayor y comenzaron sus ataques, recorriendo el resto de la ciudad sin perdonar la vida al negro que encontraban. La sorpresa y el estrago que sufrieron durante la mañana les obligó al medio día a clamar por la capitulación, porque los pocos que había de nuestra parte, estaban tan indignados contra la canalla, que montados se tiraban por encima de las trincheras, sin temor al diluvio de bala que se cruzaban por todos los puntos de la plaza, cuyo arrojo costó a muchos la vida. Sin embargo los negros temieron y el suceso siguiente los redujo a dejar el puesto y a la dispersión en desorden. Tenían en la plaza un cañoncito de a cuatro reforzado con que contaban, y lo colocaron en la esquina que hace el templo de N. S. del Carmen, con la dirección a la calle que sale a la plaza de La Merced, campamento de los nuestros. Estos venían precisamente por la misma calle a dar el último golpe de avance a los negros para acabar de expulsarlos. Había entre ellos un pardito artillero de los que por fuerza quedaron en el recinto de la plaza donde vivía, y a éste se encargó que lo disparase tan luego como se presentaran los nuestros. Pero al ponerle la mecha se rompió el eje y quedó inservible no quedándole más recurso que rendirse y abandonar toda esperanza.

Al fin después de un largo tiroteo que duró toda la mañana se les otorgó por nuestro jefe la retirada que verificaron a las dos de la tarde del mismo día dejando varios pertrechos.

CAPÍTULO XIII

Quedaron los nuestros dueños del campo y Santiago libre de negros. Esto ocurrió lunes día 15 de mayo, y como las fuerzas nuestras eran tan cortas y los recursos muy remotos para reponerlos de la capital que estaba más de sesenta leguas de malísimos caminos, fue necesario a los dos días, jueves a media noche, abandonar la plaza por aviso secreto que tuvo el jefe de que enviaban un refuerzo de cinco mil combatientes para reasumirla y tomar satisfacción de lo ocurrido. El jueves amaneció Santiago absolutamente desierto. Las iglesias cerradas, los cuarteles, los hospitales y las casas abiertas, abandonadas y sus dueños buscando el asilo en los montes. Hubo muchos que fueron a parar a la capital con sufrimientos indecibles.

CAPÍTULO XIV

Permanecieron así Santiago, La Vega y Cotuí. No vinieron otros negros. Esto ocasionó desastres: los perversos se aprovecharon, vinieron sobre los pueblos desiertos y los saquearon a su placer... sufrió Santiago esta horrosa crisis hasta el 16 de julio en que volvieron a abrirse los templos. Al mes habían vuelto los vecinos, algunos se quedaron en la capital. Para ponerse al abrigo de la invasión temida se reunieron y arreglaron algunas compañías con su respectiva oficialidad. Dieron parte al general Ferrand y resolvieron bajo juramento sacrificarse y morir por la buena causa aspirando siempre a que la isla volviera al gobierno español y tener el gusto de proclamar al Rey de España don Carlos IV.

El general Ferrand aprobó todas las disposiciones de que se le dio cuenta y a pocos días volvió a mandar a su ayudante, que había venido la vez primera a Santiago como Comandante de Departamento, acompañado de 150 soldados veteranos franceses, de los que tenía en la capital, para que guarneciesen este punto y fortificaran las avanzadas de modo que embarazasen el tránsito de los negros en los demás pueblos intermedios que todavía no habían

caído en su poder y de los cuales era Santiago la llave. Con tales medidas se arreglaron los cuarteles, se formaron almacenes de víveres y municiones, se instaló el consejo departamental bajo la presidencia de don Agustín Franco,⁽³⁸⁾ mandado por Ferrand y se puso Santiago como una verdadera plaza de armas, conteniendo las repetidas invasiones de los vecinos malos. Con esto cambió el aspecto de las cosas que gradualmente tomaron su curso normal. El interés de todos era defenderse de los negros. Además del cura Juan Vásquez, vinieron también los Pros. Don José Basarte, Don Bartolomé Puerto Alegre, Don José Antonio Rodríguez, el vicario don Pedro Tavárez, octogenario, y los religiosos mercedarios fray Vicente Peniche,⁽³⁹⁾ fray Pedro Geraldino, cura de Moca y fray Antonio Reyes hijo del sargento mayor de milicias, pues el doctor don Ambrosio de Lima, por su edad y sus achaques nunca salió y después sufrió atroces insultos de los negros: Un incidente fatal puso fin a la confianza general. Una carta del obispo Mauviel desde Santo Domingo al general Clerveaux instándole a ir a Santo Domingo, pasando por Santiago, inspiró a los naturales sospechas de una traición a que no consideraban ajeno al general Dervaux y el 15 de octubre se combinaron los oficiales para resolver la situación prendiéndolo para remitirlo a Ferrand.

El 16 a las dos de la mañana se reunieron los juramentados, presentándose una parte en la casa de Gobierno, otra en el cuartel, otra en el Vivac y otra en el depósito de las municiones, a la entrada de la ciudad. Un tiro de

pistola era la señal. Todos llegaron a tiempo. Los 80 ó 100 soldados de línea acuartelados en una de las casas de la plaza fueron sorprendidos durmiendo y se entregaron, pero acobardado el capitán abandonó la compañía lo que observado por los prisioneros aprovecharon la ocasión para reaccionarse y salir a la plaza en orden de combate creyendo que los naturales estaban combinados con los negros. De aquí que un golpe que pudo ser momentáneo terminara con sangre. Naturales y franceses en una noche oscura, metieron mano a las armas despedazándose como leones y de este choque quedaron en el sitio 27, de éstos un hijo de Puerto Plata, el capitán don Melchor Rodríguez asaltó el parque y auxilió a los que seguían batiéndose. Los franceses se dispersaron después de hacer una resistencia vigorosa. Dervaux resistió con un guardia pero tuvo que ceder. Al rayar la aurora enarbolaron el pabellón español con salvas y alegría. El comandante Dervaux y sus oficiales quedaron arrestados en su propia casa con el decoro debido a sus empleos. La tropa francesa quedó reducida a su cuartel respetada, menos los heridos que tomaron a pié el camino de la capital para presentarse al general Ferrand a quien informaron exageradamente. Todo lo produjo la maldita carta.

Formáronle sumaria a Dervaux con 22 cargos. Ferrand lo recibió con mal semblante, lo mandó a retirar de Santiago sin dejar de dar curso a su causa y autorizó a los naturales para que eligieran un comandante que les inspirara confianza dándole cuenta para aprobarlo. Así lo hicieron,

eligiendo por unanimidad a José Serapio Reinoso de Orbe.
(40) Este era hijo natural de un hacendado rico de La Vega, llamado don José de Orbe que le educó al parejo de sus hijos legítimos. Ferrand le confirmó y aprobó como comandante general del departamento del norte español. Juró en medio de la plaza, frente a la tropa y en el centro de toda la población alborozada. Cambió la situación de tal modo con sus medidas de orden, abasto, conciliación y defensa que Santiago se convirtió en un centro animado y próspero.

Así estuvimos los meses de octubre, noviembre y diciembre de 1804 y casi todo febrero de 1805; pero a fines de éste, el 26, vino a envenenarlo una embajada que envió Cristóbal, ya en camino para Santiago con 2000 hombres, manifestando que trataba de pasar con su ejército a la capital, a reunirse con el que se dirigía al mismo punto por el Sur, para expulsar de allí a los franceses, con la amenaza de que si hacían resistencia no respetarían ni los niños ofreciendo garantías en caso contrario. Aunque en la reunión habida en casa de Reinoso todo pasó, desoyendo los consejos del comisionado se decidió hacer resistencia como consecuencia al hecho del 15 de octubre de 1804. Reinoso prefería la muerte a que se le considerara en connivencia con los negros. Todos se adhirieron a su resolución sin acordarse de los peligros.

El primer día de carnaval en la tarde salieron los destinados al cantón del Yaque, donde estaba el primer fuertecillo y al de La Emboscada, que le precede con un cuarto o media legua, despachando la contestación a

Cristóbal que a paso ligero se acercaba. Muy temprano marchó Reinoso a ocupar su puesto en La Emboscada, que hacía la retaguardia del fuerte de Yaque, en que estaba don Manuel Reyes con 200 hombres y dos malos cañoncitos arreglados de pronto. Cristóbal estaba en la gran sabana de Gurabo. Ya a la orilla del río se presentó Campo Tavárez y les dirigió la palabra aconsejándoles desistir de toda resistencia, pues sería inútil. Esto y un nuevo parlamento fue en vano.

Se abrieron los fuegos y el ataque fue horroroso. No bastó la resolución, ni el denuedo, inutilizada la artillería el descalabro fue inminente teniendo que replegarse sobre La Emboscada con pérdidas recíprocas de consideración. Los negros no perdieron tiempo y pasando el río le fajaron a La Emboscada donde Reinoso vendió la vida a costa de mucha sangre sosteniendo combates singulares sin ejemplo.

Derrotáronse los naturales con la esperanza de poder hacer firme con los refuerzos que esperaban de Santiago, pero no hubo lugar para tanto, quedándole a los negros franco el camino de Santiago, donde fueron sus víctimas una compañía de 150 jóvenes que iban en auxilio de los vencidos.

Los negros entraron en la ciudad como unas furias degollando, atropellando y haciendo correr la sangre por todas partes. La consternación fue general. La honestidad, el pudor, la decencia, todo estaba en la calle y en las plazas a las diez del día, y aun en los templos a merced de la brutal concupiscencia que estremecía la naturaleza.

Rodeados de la tropa negra perecían todos los del campo que acudían a prestarnos auxilio. Ocuparon el centro de la plaza cuando se celebraba la misa. Los bárbaros se dirigieron al templo asesinando a roso y belloso. Hicieron una carnicería espantosa manchando de sangre el suelo y los altares.

El que escapó en el templo murió en la calle al salir. Corrían los perseguidos a buscar asilo en las casas de los sacerdotes y éstos fueron también mártires de su furor. Este lamentable estado vino a calmar después que ya no habían quedado vivos más que los eclesiásticos y tal cual que por empeño de Campos Tavárez, se reservó como prisionero. Solo escaparon de la refriega, estando en ella don José Minuesa, don Carlos Mejías, don Simón de Rojas y el autor.

Varios paisanos viéndolo todo perdido se refugiaron en Moca y para ganar tiempo formaron de pronto una diputación que presidiera el cura fray Pedro Geraldino y se le presentare a Cristóbal a nombre del pueblo a rendirle pleito homenaje, lo que bastó por entonces para que esta jurisdicción gozare unos días de indulto. Cristóbal les ofreció protección autorizando al cura a continuar su ministerio. Luego veremos los efectos de esta protección.

Entre las atrocidades cometidas en Santiago fue la de que el martes de carnestolendas se vieron colgados en los arcos de la casa capitular las personas de don Carlos de Rojas, el anciano y don Francisco Escoto, tan solo porque había firmado como suplente los registros del Consejo Departamental, a don José Núñez, vecino de La Vega, a

don Bartolomé Forteza. El miércoles de ceniza asesinaron a don Juan Reyes, que parecía perdonado a súplicas de Tavárez. Últimamente me refirió (el sacristán de Moca), la dilatada conferencia de Cristóbal con el cura de Santiago, después de haberlo puesto a la cabeza de la fila de hombres y mujeres, colocados de espalda a la orilla de la Barranca del río, condenados todos al cuchillo con solo una señal del jefe, de que ya estaban advertidos, atribuyéndole el origen y la culpa de aquella temeraria resistencia en que habían perecido tantos de su ejército. Le reconvenía con un puñal en la mano, amagándole y llenándolo de los más groseros improperios. A la llegada de Campos Tavárez cambió la cosa, logrando al fin que se diera libertad a la gente de color y que el cura fuese destinado a su prisión.

En efecto se acercaron y nos informaron de que en Moca el 3 de abril de 1805, habían los negros pasado a cuchillo aquella mañana a todo viviente, para cuyo fin, el comandante Joubert había llegado allí con tropa, dando la orden de que las mujeres de todas clases y edades se reunieran en la Iglesia y los hombres en la plaza, pues todos, bajo la buena fe de la capitulación celebrada con los vecinos partidos debían obedecer a las prevenciones del jefe que mandaba.

Todos obedecieron creyendo que se iba a proclamar algún indulto o gracia a favor de ellos, y el indulto fue degollarlos a todos luego que se verificó la reunión prevenida, como ovejas acorraladas. Que los negros luego que consumaron el sacrificio espantoso, sacrílego y bárbaro,

abandonaron el pueblo: que de todas las mujeres que estaban en la iglesia, solo quedaron con vida dos muchachas que estaban debajo del cadáver de la madre, de la tía o de la persona que las acompañaban, se fingieron muertas porque estaban cubiertas con la sangre que había derramado el cadáver que tenían encima que en el presbiterio había, por lo menos, 40 niños degollados y encima, del altar una señora de Santiago, doña Manuela Polanco, mujer de don Francisco Campos, miembro del Consejo departamental, que fue sacrificado el día de la invasión y colgado en los arcos de la Casa Consistorial, con dos o tres heridas mortales de que estaba agonizando. Que don Antonio Geraldino, don Mateo Muñoz y el capitán de aquel partido don José Lizardo, habían sido sorprendidos en su casa y atados a sus camas las incendiaron, incluyendo en el número de las víctimas aquellas señoras hermanas de nuestro cura escapadas del degüello de Santiago. Doña Antonia David, que resistida a los torpes deseos de uno de aquellos feroces animales fue atravesada de un bayonetazo en la puerta del templo. Una de ellas, de las escapadas, de edad de 18 años era hija de don Antonio Salcedo, quien había casado en segundas nupcias el mismo día de carnestolendas, en que perdió al marido sacrificado con los demás. El padre Geraldino no se sabía de él; después se supo que los negros se lo llevaron al retirarse del sitio que pusieron a la capital.⁽⁴¹⁾

Este negro (Félix) me informó en Baracoa (Cuba) de todos los desastres, muertes y atrocidades cometidas por los negros en las personas blancas de ambos sexos y en todos

los pueblos por donde habían transitado en su retirada de la capital, de donde fueron rechazados después de un sitio de veinte y tres días que tuvieron que levantar más que de prisa. Que los altares, los archivos y hasta el reloj público, lo habían reducido a cenizas echando a pie para el Guarico a todo el que no habían asesinado sin exceptuar ni aun los sacerdotes menos al cura don Juan Vázquez, a quien después de atormentarlo con crueldad en el campo santo, que estaba frente a la parroquia, lo sacrificaron, y al fin, para saciar su brutal venganza lo quemaron con los escaños del coro y los confesonarios. Que entre los llevados iba nuestro antiguo vicario el señor don Pedro Tavares hombre más que octogenario, de una virtud ejemplar, la señora doña Francisca Hurtado, de la misma edad; el moreno honrado Julián de Medina, su anciana compañera, padres de Felipa, sus hijas Zeferina, Florentina y Gregoria, María y Nicolaza, hermanas de ésta, corrieron la misma suerte, aunque estas dos últimas escaparon y volvieron a Santiago, y por ellas se supo el cruel término de tantos infelices, sin haber encontrado en las plazas y calles más que cráneos y huesos humanos, con que dejaron inundados todos los pueblos, en venganza de no haber podido ampararse de la capital. Al cabo de un año y medio las plazas eran montes, que casi era menester (un guía) práctico para ir de un barrio a otro y solo se veían ruinas y huesos de muertos.

Como los negros, así que saquearon los pueblos a su retirada a la capital los abandonaron, aquellos vecinos que se habían refugiado en los montes y en las cuevas huyendo

del cuchillo y del fuego, fueron después apareciendo del modo que pudieron, según se lo permitían aquellas circunstancias, y así permanecieron hasta el año 1808 en que el inmortal, el héroe del siglo, el nunca olvidado don Juan Sánchez Ramírez, hijo de Santiago⁽⁴²⁾ y vecino de la villa de Cotuí, reconquistó gloriosamente la parte española, o mejor dicho, la sacó de las manos del general de división Mr. Luis Ferrand, obligándose a quitarse la vida con cuyo hecho calmaron las calamidades pasadas.

Palabras de Campos Tavárez desde las orillas del Yaque: Ciudadanos: Yo soy del país en que vosotros nacisteis. Yo he sido compañero vuestro, yo no podré jamás prescindir del afecto que les he merecido siempre y en todas épocas. Tengo todavía parientes en ese suelo que va a destrozarse. Venero aquellas personas que siendo su esclavo, me tenían siempre sobre el rango de la clase libre, dispensándome sus cuidados y atenciones, como si procediese de ellos mismos. Vive aún el señor Vicario don Pedro Tavares, (eclesiástico octogenario de que fue esclavo en cuya casa nació) y sus hermanos, cuyo apellido llevo. Tengo mil motivos de compadecer la suerte de ustedes y de interesarme por su tranquilidad y futura conservación. Sé lo que va a suceder. Conozco la situación en que se hallan. Veo las fuerzas del ejército a que vengo unido. He penetrado sus intenciones. Son temibles las órdenes que tenemos y muy rigurosas para en caso de encontrar oposición a nuestro tránsito, así como son también fuertes contra la tropa cuando se desmande, o sea cualquiera de ustedes ofendido

en lo más leve por uno de nosotros, dejando libre el paso que queremos para la capital, a batirnos con los franceses que la ocupan. Esto nada más quiere el gobierno indígena. Abran los ojos, reflexionen. No se dejen alucinar, ni se preocupen. Yo les hablo como amigo, como español y como paisano. El jefe nuestro está de buena fe; pero se indigna hasta el extremo cuando piensa que se han de poner obstáculos a su tránsito. La suerte de Uds. es lastimosa, sino piensan como deben en este negocio para Uds. vital. Sentiré en lo infinito de mi corazón llegar a mi patria a inundarla de sangre, y dejar a mis amigos yertos en medio de sus calles y plazas. Esto va a suceder irremisiblemente. Solo con la prudencia lo podrán Uds. evitar. Pongo a Dios por testigo de que en darles este aviso no tengo otra intención, ni me lleva otro interés que el de salvarlos y salvar tantos inocentes como van a exponerse dentro de dos horas a ser sacrificados por un capricho el más temerario y desatentado. Si así no lo hacen cuenten con su exterminio. No es posible imaginarse otra cosa. Allá va una nueva embajada, compuesta de dos sujetos que le son a ustedes conocidos. Denles una contestación conforme, y cuenten con la seguridad de sus casas, personas y propiedades. Yo me despido de vosotros queridos amigos, y voy a incorporarme al ejército que tenéis a la vista, con la dulce esperanza destinada por estos antecedentes, que contrarían las órdenes pronunciadas. Adiós.

Así se produjo, y con este lenguaje se insinuó aquel paisano, que nos veía al canto de nuestra desgracia. En nada

se equivocó. Todo cuanto predijo sucedió al pie de la letra por una obcecación que no tiene ejemplar.

Apenas se había separado Campos Tavárez de las orillas del río cuando ya venía atravesándolo la nueva embajada del rey negro insistiendo en que le dieran el paso a la capital y depusiéramos las armas. Llegaron al puertecillo vendados los dos que la traían y se les volvió a contestar que concediese el plazo pedido para resolver. En el momento se retiraron a llenar su cometido; pero era tal el coraje de los naturales y lo prevenido que estaban contra la canalla, que todavía no habían llegado a la orilla del río que está al pie del mismo fuertecillo, cuando se recibió orden del Comandante Reinoso, desde La Emboscada, donde esperaba a los negros, de que no prestasen oídos a ninguna clase de invitación, que no había más razón ni más respuesta que las armas, y que se pusieran desde luego a poner en ejecución el plan combinado. A la mitad del río llegaron los enviados, que fueron los primeros que perecieron, y sin esperar otro aviso rompieron el fuego sobre el enemigo, que iban río abajo como montones de basura. Volaron aquellos caribes como furias desencadenadas sobre el agua, y se trabó una lucha tan encarnizada, que éstos sin esperar órdenes de sus jefes se tiraban al río, queriendo en medio de la fuerza de su corriente, cargar de nuevo el fusil, saltar la fortaleza, invitando con gritos espantosos a sus compañeros a que vinieran todos al asalto. Los naturales hicieron uso de su miserable artillería, hasta donde pudieron, con un esfuerzo inimitable, aprovechando todas sus descargas

y sosteniendo heroicamente su puesto. Echaron al río más de 200 negros y en un momento se hizo aquel punto un volcán que hasta el río parecía de fuego, sin más desgracia que la muerte de un paisano que estaba fuera del parapeto, y la muy sensible de haberse desplomado, por la rotura de su eje, el cañoncito que tanto los había defendido.

Con este inesperado y fatal acontecimiento, nos vimos con la muchedumbre encima devorándonos, y fuimos precisados a abandonar aquel punto dispersándose sus defensores, en busca de La Emboscada, a reunirse con el Comandante que allí los aguardaba. Dueños los negros de este punto, y vencido el obstáculo del río, pasaron enfurecidos al de La Emboscada, ya noticiado el comandante de la derrota sufrida en el Yaque. El encuentro de éste con el general de la división delantera del enemigo, fue desde luego tirándose de las pistolas. El golpe del primero hirió al segundo, a quien después con el sable casi le partió el muslo izquierdo. También fue herido aquel y ambos lucharon como dos leones, con un valor y un denuedo, que dio motivo a los negros para ocuparse solo de quitar la vida al comandante, como lo lograron, de un balazo tirado por la espalda, en circunstancias de haber tumbado dos edecanes del negro, y de hallarse éste muy mal herido, su caballo casi postrado y él casi rendido al mismo tiempo que recibió Reinoso el balazo que le hizo venir a tierra. Ya todo fue perdido con esta nueva fatalidad, pues los nuestros cediendo a la muchedumbre, tuvieron que retirarse, con ánimo de ver si todavía podían replegarse y unirse con

el refuerzo que salía de la ciudad a incorporarse con ellos y auxiliar a los de La Emboscada, pero no tuvo tiempo, ni podían tenerlo, acosados por el enemigo que los perseguía a todos.

El cadáver de nuestro comandante a poco rato ya apenas se distinguía porque la sangre y la polvareda lo tenían arropado de un modo que solo por el vestido se conocía que era de un racional, en razón de que cada negro que pasaba cerca, le metía el sable o la bayoneta, como si estuviera vivo, o se temiera su resurrección, explicando con esta brutal acción, la saña y el espíritu de venganza de que venían dominados. Con este salvo conducto les quedó franco el camino para la ciudad y precisaron su marcha con el dolor de que una compañía de 150 jóvenes, que encontraron a la salida, para ir a auxiliar a los compañeros de La Emboscada, fueron todos víctima de la ferocidad de esos caníbales.

Otros muchos como yo habían sufrido la misma suerte, si no sucede esta catástrofe, porque embullada la juventud para presentarse al Comandante, ya estábamos con el pie en el estribo, a fin de reunirnos con los que cubrían los puestos exteriores, por lo mismo que ya oíamos el tiroteo de ambos partidos.

Los negros entraron a la ciudad como una furia del averno, degollando sable en mano, atropellando cuanto encontraban, y haciendo correr por todas partes la sangre. Figúrese cuál sería la consternación, el terror y el espanto, en que de momento calló aquel vecindario, tan descuidado, a

vista de unos hechos semejantes, cuando casi todos estaban reunidos en la iglesia mayor, con su pastor implorando el auxilio divino, mientras se representaba en el altar el sacrificio de nuestra Redención, y en disposición de recibir la comunión, como uno de los días del año en que, por costumbre, hasta los del campo venían a cumplir el precepto anual. El tropel de las mujeres huyendo sin saber para dónde, ni por dónde.

Los gritos de niños y ancianos que salían de sus casas despavoridos. Los eclesiásticos confundidos en medio de los que le pedían el consuelo. Las madres, unas con sus hijos al hombro, otras tratando de salvar al enfermo, que desde el lecho del dolor clamaba por el amparo que no encontraba. Unas buscando al marido y otros tratando de ocultarse debajo de los altares, o de los matorrales de la sabana, desde donde oían la voz tremenda de muerte y sangre, con el ruido de la pólvora y el acero con que ya estaban las calles cubiertas de cadáveres.

Un pueblo, en fin, abrasado con todos los elementos de la desolación y del exterminio, bajo el poder absoluto de unos feroces para quienes la voz del perdón y de la misericordia era una blasfemia. Ya tenía tendido el acero por todas sus avenidas, como una red para que en su centro nadie escapara de su mortífera venganza. ¡Cuántas desgracias! ¡Cuántas lágrimas que llorar! ¡Cuántos desastres! ¡Cuántos trastornos en aquel tremendo día! ¡Cuántos excesos de parte de aquellos antropófagos! La honestidad, el pudor, la decencia, todo estaba en la calle y en las plazas a

las diez del día, y aún en los templos, a merced de la brutal concupiscencia que estremecía la naturaleza. Un pueblo tan religioso, tan dado al culto, tan pacífico, tan cumplido en la moral, convertido en pocos instantes en un cuadro de horribles atentados, donde se veía la violencia y la fuerza ejercitada con el mayor descaro sobre la inocencia de la juventud.

Hubo padre de familia que sobresaltado y sin tino⁽⁴³⁾ espantado con la algazara de los negros y el estruendo de las armas, abrazó a dos hijos tiernos que tenía y con ellos se lanzó al río por una barranca elevadísima que termina en sus fuertes corrientes, sin que después se haya sabido de su paradero. Otro en medio de su atolondramiento, salió huyendo con una torta de cazabe en la mano. A poco andar fue muerto. Otro, con el mismo susto y sorpresa salió con instrumento de música que tenía en su casa, y corrió la misma suerte, y otros infinitos, que por el mismo estilo salían a buscar el asilo, donde más pronto encontraban la muerte, sin saber lo que se hacía. Tal fue la confusión de aquel infortunado y fiel pueblo, convertido en otra Jerusalén, cuando pocas horas antes, a presencia del Divinísimo, preconizaba las glorias y rendía regocijos en el semblante de sus moradores.

Rodeados por la tropa negra, perecían cuantos venían de los campos a darnos auxilio ignorando el estado en que nos hallábamos. El resto ocupó el centro de la ciudad, a horas en que todavía, como día de carnestolendas, estaba nuestro cura en el altar celebrando, y la iglesia cuajada de

gente esperando comulgar todos los que dentro se encontraban. Apenas sintió el estrépito de las armas que cundía la ciudad y el tropel de los caballos, confundidos con los que gritaban pidiendo misericordia, cuando vuelto a sus feligreses, comenzó a exhortarlos a implorar los auxilios divinos y hacer con ellos actos de contrición. Los dos copones estaban llenos de formas consagradas para dar la comunión a todos, concluida la misa. No hubo tiempo. Los bárbaros se dirigieron con las armas en la mano al templo, asesinando a roso y belloso, como suele decirse, y todos volaban a los pies de aquel Ministro, a gustar el salutífero pan que los había de alimentar por última vez, nada los detuvo y como si estuvieran en un campo de batalla, hicieron una carnicería horrorosa manchando de sangre con mano sacrílega el suelo y los altares de la casa de Dios. Un hombre⁽⁴⁴⁾ que todavía no había tragado las especies sacramentales, cuando fue pasado con una bayoneta y quedó tendido en la puerta del mismo santuario. De allí el que pudo escapó para caer después en manos de los caribes (ejército de Cristóbal) que recorrían la ciudad y no perdonaban vida al que encontraban.

En un abrir y cerrar de ojos se inundó la población de cadáveres y de sangre. Aquí, unos degollados, allí otros acribillados de balas. Más adelante otros dando vaivenes con las ansias de la muerte sobre los que ya la habían sufrido, y los gritos, los ayes, las lágrimas, los gemidos, las carreras, las caídas, el eco del cañón, el estallido del sable, el silbido del plomo, todo era espantoso, todo horrible,

todo y de todos modos solo presentaba la comparación de aquel día que ha de presagiar la consumación de los siglos. Corrían muchas personas, en particular del otro sexo, a buscar asilo en la casa de los sacerdotes, que otra vez había sido respetada, y éstos coronaron el martirio, siendo también presa de aquellos tigres. Unos a otros con sorpresa se preguntaban ¿A dónde iremos? ¿Qué caminos tomaremos? Apenas lo acababan de pronunciar cuando pasaban a la otra vida. Esta lamentable escena vino a calmar, después que ya no habían quedado vivos más que los eclesiásticos y tal cual que por empeño de Campos Tavárez, se reservó como prisioneros.⁽⁴⁵⁾ De los que sufrimos la refriega en medio de ella, solo escapamos por un efecto del prodigio, lo que indica esta nota.⁽⁴⁶⁾

Notas de la edición

1.— Debemos el conocimiento de este importante manuscrito inédito a la generosidad de los hermanos Lic. Leonidas y Dr. Alcides García. (Posteriormente publicado en *Clío*, No. 82, de 1948, por el Dr. García, con notas del Lic. Vetilio Alfau Durán). En el manuscrito figura la siguiente carta:

Habana, abril 7 de 1905
Señor José Gabriel García,
Santo Domingo.

Mi muy recordado amigo:

No porque hayan transcurrido algunos años crea Ud. que le he podido olvidar; así como a los numerosos amigos que me dispensaron su amistad.

Al llegar a esta Ciudad tuve noticias que las hijas de mi tío Gaspar conservaban unas apuntes muy interesantes de aquél, a las que llaman su Historia. En vano fueron las exigencias que hice por obtenerlas para remitirlas a V., para que de ella tomara nota de lo que pudiera convenir para aumentar sus apuntes: hoy con promesa

de devolvérsela al regreso del amigo Pérez Román la he obtenido, y tengo el gusto de enviársela con él.

Si V. Ha escrito algo nuevo sobre Sto. Domingo le agradecería me lo enviara; V. sabe que amo a ese país como mi segunda Patria, pues lo fue de todos mis ascendientes y ella lo es de mis hijos; que como yo nunca la olvidaron.

Tenga la amabilidad de saludar en mi nombre a D. Manuel, su Señor hermano, a Arístides, a los buenos amigos Mariano Cestero y hermanos; y V. mi querido D. José Gabriel, cuente siempre con el sincero afecto que le profesa su siempre amigo,

Francisco de Arredondo y Miranda.

s/c. Calzada de S. Lázaro No. 87 alto.

2.— Primer cuaderno en que refiero la devastación de mi país, (Santiago de los Caballeros, isla de Santo Domingo) por la entrada del negro Enrique Cristóbal, con su ejército, que todo lo redujo a sangre y fuego, segundo día de Carnestolendas, el año 1805, con degüello general, de que sólo escapamos prodigiosamente las cinco personas que se expresaron en esta relación, y de quienes fui compañero. La he ratificado de mi puño y letra, hoy 31 de diciembre de 1850. Gaspar de Arredondo y Pichardo (G.A.P.).

3.— Este general, que estuvo en Santiago algún tiempo después de la derrota del ejército francés, pasó a la capital con don Andrés Muñoz Caballero hoy asesor de la Intendencia de Cuba, donde se mantuvo con la idea, que muchas veces le oí, de quedarse allí como jefe o capitán

general de la isla aún cuando esta volviese al gobierno de España; pero la reconquista de don Juan Sánchez Ramírez, el año 1808, le hizo perder esta esperanza con la vida, en el encuentro que se dio con los naturales de Palo Hincado, pues viéndose burlado, acudió al suicidio, para no sufrir la befa que merecía pocos momentos antes de este suceso, que inmortalizó a los hijos de aquel país, con el oprobio de los soldados de Austerlitz y Marengo. (G.A.P.)

4.— No se imprimió entonces, porque me faltaron los recursos y entré en el laberinto de la judicatura de leyes que desempeñé hasta que se extinguió la Constitución. (G.A.P.)

5.— Véase, infra, apuntes biográficos y genealógicos de Arredondo y Pichardo. (E.R.D.)

6.— Acerca de Pichardo Vinuesa véase extensa noticia biográfica en *Relaciones históricas de Santo Domingo*, Vol. II, pp. 407-409. (E.R.D.)

7.— Hoy está en Puerto Príncipe, isla de Cuba, donde falleció emigrado. (G.A.P.)

8.— El primero está siendo Regente o Ministro togado de Santa Fe, el segundo Consejero de Indias: ambos dominicanos y mis condiscípulos. (G.A.P.)

9.— Dr. Juan Ignacio Rendón y Dorsuna, nació en Cumaná, Venezuela, en 1761, y murió en Cuba en 1836. Se graduó de doctor en leyes en la Universidad de Santo Domingo, de la que fue catedrático. (E.R.D.)

10.— Refiérese al Dr. José Antonio Bernal Muñoz, (1775-1853), médico que emigró a Cuba, autor de varios opúsculos relativos a la medicina. (E.R.D.)

11.— Hijo del señor Pueyo, Regente que fue de la Real Audiencia de Santo Domingo, y casado con la señora doña Jerónima Sabiñón, mi tía segunda (G.A.P.). En una carta de don Manuel Godoy, cuyo original manuscrito se conserva en la Biblioteca Nacional, de Bogotá (Sala 1, Núm. 12111), dice: “Ilmo. Sr. Arzobispo de Santo Domingo. Ilmo. Sr.: Conviene al servicio del Rey que V. S. I. Averigüe las relaciones que tienen D. Joaquín Pueyo, Alcalde de Santiago de los Caballeros en la Isla y D. Francisco Gascue, Oficial Real de las Cajas de la misma con los habitantes de allá y demás colonias, pues estos dos sujetos han sido los comisionados por los franceses en todas sus cosas y puede trascender su liga a otros vasallos más leales a S. M. Espero que me avise V. S. I. quanto indague sobre el particular y ruego a Dios gue. AV. S. I. ms. as. Sevilla, febrero de 1796”. *El Príncipe de la Paz* (rúbrica). (E.R.D.)

12.— Después de la reconquista por don Juan Sánchez Ramírez de la parte española, fue nombrado Alcalde Mayor de Santiago. (G.A.P.)

13.— Consta así de mi relación de méritos pasada por el Consejo desde el año de 1815. (G.A.P.)

14.— Don Luis Pérez Guerra Trespalacios, casado en primeras con la señora doña María Pichardo y Zerezeda, hermana de doña Francisca, mi madre; en segundas con la señora doña Rosa Sánchez, prima hermana de mi mujer; y en terceras con la señora doña Catalina de Portes, tía del Ilmo. Señor Arzobispo actual de Santo Domingo, don Tomás de Portes e Infante. (G.A.P.)

15.— El capitán de milicias don Juan de Aranda, hoy residente en Cuba, adonde emigró con su familia. (G.A.P.)

16.— Hoy se halla en Puerto Príncipe, de tránsito para Holguín, donde reside su familia, emigrada de Santiago. (G.A.P.)

17.— También consta de mi relación de méritos pasada por el Consejo. (G.A.P.)

18.— Acerca de la invasión y de la muerte del bravo capitán Rosón, véase nuestro libro *Del romancero dominicano*. Santiago 1942. (E.R.D.)

19.— Presencié todo esto, porque aunque mis padres, con la familia, salió, como todos, yo me quedé para cuidar de mis intereses y por ver entrar la tropa negra. (G.A.P.)

20.— El Dr. Leonardo Del Monte y Medrano nació en Santiago de los Caballeros y murió en Cuba en 1820. Padre del célebre don Domingo Del Monte y Aponte (1804-1853), gran propulsor de la cultura en Cuba.

21.— Don Joaquín García, Presidente y Gobernador y Capitán General. (G.A.P.)

22.— Cabo Haitiano.

23.— Interesantes noticias acerca de la expedición de Leclerc en la revista *Aurora*, de La Habana, No. 101, 1802.

24.— La del Regidor Alguacil Mayor de José Cayetano Pichardo, hermano de mi madre. (G.A.P.)

25.— Refiérese al Padre Vásquez, víctima de los haitianos, autor de la célebre quintilla de esa época:

Ayer español nací,

*a la tarde fui francés,
a la noche etíope fui,
hoy dicen que soy inglés,
¡No sé qué será de mí!*

26.— Ministro ejemplar del culto, a quien el tirano Enrique Cristóbal en la última sobre Santiago. (G.A.P.)

27.— Se refiere al Alférez Real don Antonio Pichardo, casado con Mariana de Contreras, padres de Rosa Pichardo, bautizada en Santiago el 11 de junio de 1790.

28.— Don Lucas Pichardo, hermano de los anteriores, residente hoy en Puerto Príncipe (Camagüey), isla de Cuba, con el empleo de Oficial Real Tesorero; Don Juan de Portes, padre del Dr. Tomás Portes, actual Arzobispo de Santo Domingo, después que la parte española se constituyó en República. (G.A.P.)

29- En la nota anterior se alude a don Lucas Pichardo y Cereceda, padre del polígrafo Esteban Pichardo y Tapia, autor de diversas obras de gran importancia en la bibliografía de Cuba, a quien está consagrada la erudita obra de Humberto Valdivia, *El geógrafo cubano*, La Habana, 1935, 2 Vols. (Contiene abundantes noticias acerca de los Pichardo, de Santiago de los Caballeros).

30- Una de ellas la señora doña Petronila Belilla, mujer del rico propietario D. Francisco Espailat, en cuya casa estaban alojados el general mulato Clerveaux, Comandante del Departamento, y el Obispo francés Mr. Guillermo Mauviel con quien aprendí las primeras reglas de este idioma y tomé nociones de su no común ilustración (G.A.P.). En

efecto, a esta nota de Arredondo puede agregarse el testimonio de Mauviel. En una extensa carta de éste escrita en Santiago el 11 de agosto de 1801, dice: “Un gran número de jóvenes de esta ciudad se destina al estado eclesiástico. Ellos tienen generalmente espíritu y vivacidad. Uno de estos jóvenes criollos, nombrado Morel, sobrino de un antiguo obispo de La Habana (Pedro Agustín Morel de Santa Cruz), entiende perfectamente las dos lenguas, aunque no tiene más de 16 años. Él me servía de Secretario y me ha hecho grandes servicios en las diversas traducciones que me han parecido necesarias. Frecuentemente trabajamos juntos. Él se perfeccionó en el francés mientras yo aprendo el español. Será un día un sujeto muy distinguido. Si la providencia me permite fijarme en esta Colonia, nosotros seremos inseparables”. Es copia del impreso en francés, de la *Correspondance du citoyen Mauviel*, existente en el Petit Seminaire, de Port-au-Prince. En nuestra biblioteca conservamos otras cartas de Mauviel, impresas, escritas en Dieppe (4, 6 y 19 noviembre 1800) y en Santo Domingo, 24 Sept., 1802, 24 de mayo y 17 Sept., 1803 y 16 enero 1804). Guillermo Mauviel nació en Fervacques, Francia, el 29 de octubre de 1747. Vino a la Isla en la expedición de Leclerc, en 1802. Regresó a Francia en 1806. Murió cerca de Sens en 1816. En sus cartas hay interesantes referencias de Santo Domingo.

31.— Sujeto, como queda dicho, de reconocida ilustración, que entonces contribuyó mucho a nuestra salvación y a la tranquilidad del país, en el cambio de gobierno por el ascendiente que tenía de Clerveaux, su comensal. (G.A.P.)

32.— Así consta en la *Historia de Napoleón*, por Mr. Norvins, de 1829. (G.A.P.)

33.— Tuve yo el diario de campaña que me entregó Des-salines sucesor de Toussaint en mi primera comisión, con que pasé al Guarico después de la pérdida de la tropa francesa enviada por el primer cónsul para tratar de indultar el departamento de la muy crecida que se le había impuesto. (G.A.P.)

34.— Hoy está siendo Arcediano de la Catedral de Santo Domingo restablecida al gobierno español por la reconquista de don Juan Sánchez Ramírez el año 1808. (G.A.P.)

35.— Este había sido esclavo de mucha estimación de nuestro vicario el señor don Pedro Tavares, Ministro de ejemplar vida y costumbre. lo mismo que sus hermanas. Tenía más de 80 años el día de la invasión. (G.A.P.)

36.— Hijo de Antonio Pérez, miembro de la municipalidad nombrado por Toussaint. (G.A.P.)

37.— Conservo original el pasaporte que me dio el Consejo Departamental, con el visto bueno del Comandante. (G.A.P.)

38.— Don Ulises Franco Bidó, biznieto de Franco de Medina, poseía el manuscrito en francés, caracteres góticos, del cual se transcribe la siguiente traducción; algo defectuosa, cuyo autor desconocemos: *Resumen de los hechos auténticos que recomiendan al jefe de batallón don Agustín Franco de Medina, a la justicia del gobierno*. Agustín Franco de Medina, nacido en Santo Domingo, de 43 años de edad, pertenecía por su nacimiento a

las familias más destacadas de España; es uno de los más ricos propietarios de Santo Domingo, y ha desempeñado honrosamente en su antiguo gobierno, el puesto de comandante del Distrito de Baní. Habiendo adquirido la nacionalidad francesa en virtud del tratado de Basilea, prestó juramento de fidelidad a Francia, y ha aprobado hasta hoy que su juramento era inviolable, pues acaba de sacrificar voluntariamente, a las leyes del honor, su historia, su familia y una fortuna de *quinientos mil francos*.

Desde la época de la aparición del General Leclerc, su fidelidad hacia Francia (mutilado el original) con peligro de su vida el mulato Clerveaux, General Toussaint, a recibir al general francés Claparedes. El año 12, época de la evacuación de Santo Domingo por el general Rochambeau, Franco era comandante civil y militar del Departamento del Cibao. El Gral. Ferrand, reducido a débiles medios, es obligado a replegarse sobre Santo Domingo con los franceses que quedaban. Franco habiendo quedado solo, promete defender el departamento contra las invasiones de los negros; desde luego, asegura el concurso de sus amigos, recluta tropas del país, que él arma y sostiene a sus expensas y mantiene la tranquilidad.

Franco, obligado a ceder un aumento al gran número de negros llegado de la parte francesa, se retira con algunos amigos que han permanecido fieles sobre las alturas vecinas de Santiago, vigila y sigue todos los movimientos del enemigo, y cuando hubo reunido a costa de secreto y de actividad, una pequeña tropa de 800 a 900 hombres,

que arma con fusiles enterrados en los montes, comunica estos sucesos al Gral. Ferrand, quien envía a los lugares al General Dervaux, ataca con ímpetu, barre a los negros de la ciudad, de la que toma posesión el General Dervaux, en tanto que Franco continúa limpiando el Departamento. Pero bien pronto Franco supo que ha estallado un motín en Santiago, que el General Dervaux está asediado en su casa y que había el propósito de asesinar a los franceses. Él llega a Santiago y liberta a Dervaux y a los franceses.

Las cartas del General Ferrand de fecha 18 de Frimario, 28 Floreal del año 12 son testimonio honroso de la satisfacción del General. Los Generales Dervaux y Claparedes y todos sus oficiales pueden dar fe de la verdad de estos hechos. Los acontecimientos se suceden. Dessalines, con 22,000 negros pone sitio a Santo Domingo, y lo levanta casi inmediatamente. El General, seguro de la actividad y la fidelidad de Franco lo inviste de los poderes más extensos. Franco sigue de cerca de Dessalines y con algunas centenas de hombres no teme atacar un regimiento negro que lo devastaba todo a sangre y fuego, recupera a Santiago y todo el Departamento por segunda vez. Es en reconocimiento de esta brillante acción por lo que el General Ferrand ha concedido a Franco el despacho de Coronel, cuya copia se remite adjunta, de fecha 1ero. de julio de 1806.

Nuevos sacrificios y nuevos servicios, prestados por Franco en este nuevo grado, y en el Departamento del Cibao, determinan al General Ferrand a expedirle el

despacho de Ayudante General en la fecha 18 de abril de 1808, grado en el cual supo merecer nuevos elogios del General Ferrand. La insurrección general española (Napoleón había invadido a España) estalla el 10 de agosto de 1808, los esfuerzos de Franco retardan su explosión durante dos meses en su Departamento; en fin, casi todos sus amigos lo abandonan; los satélites del rebelde Sánchez Ramírez detienen a Franco en su casa, donde se hallaba la bandera Imperial, Franco la toma, ***la coloca sobre su corazón declarando que solo la muerte puede separarlo de este signo sagrado del honor.*** Este hecho está honrosamente consignado en la página 249 del *Diario Histórico* del jefe del escuadrón Guillermín.

Él es engrillado, enviado a Puerto Rico y encerrado en un odioso calabozo, donde permaneció hasta septiembre de 1809. Entregado de nuevo a Sánchez, Capitán General de la Colonia desde la evacuación de las tropas francesas, 11 de julio de 1809, se le ofrece, como al coronel Peralta, que acepta, conservarlo en ese grado y su fortuna, si consiente en dejar de ser francés para hacerse español; se le amenazó con la muerte; él persiste en su fidelidad a Francia; permanece en la prisión hasta febrero de 1811; Sánchez hace pronunciar la confiscación de sus bienes y el destierro de Franco a perpetuidad, según consta en acta auténtica cuya copia va adjunta, la cual dice entre otras cosas que ***Franco nacido español tiene el corazón francés, habiéndole probado por su conducta antes, durante y después del sitio.***

Franco fue además embarcado para ser conducido a Jamaica y entregado a los ingleses como prisionero de guerra. Él se escapó felizmente del destierro, arribó a los Cayos, pasó a Baltimore y acogido por el Cónsul francés, llegó en el buque *Emperatriz-Reina* a la Rochela donde sus antiguos testigos de su fidelidad le renovaron las pruebas de su estimación y recibió, del Ministro de la Policía y del Gral. Comandante de la 12 División, la autorización de venir a París.

Está, pues, probado que Franco ha respetado con entusiasmo su juramento de fidelidad a Francia, ha servido gratuitamente, durante varios años a Francia, en su calidad de Presidente y comandante del Cibao, donde ha gastado importantes sumas, que no reclama, para el sostenimiento y la paga de las tropas, que durante la insurrección, no podían comunicarse con Santo Domingo. Ayudante del General francés, él lo ha sacrificado todo, fortuna y familia, para abordar a la nueva patria. Seguro de la justicia del gobierno, él pide ser confirmado en su grado y el honor de consagrar a su Majestad toda su fuerza y toda su actividad.

39.— El Padre presentado Fray Vicente Antonio Peniche, cura de Puerto Plata en 1812.

40.— Ver el artículo de José *Serapio Reinoso*, por el Lic. Manuel Ubaldo Gómez, en *Listín Diario*, Santo Domingo, 3 Sept. 1930.

41.— Entonces, muchas familias de Santiago, Moca, La Vega y Cotuy fueron a establecerse a Higüey: David, Morel de Santa Cruz, Gil, Bencosme, Reyes, etc. En su

libro *Prosas*, Rosa Smester se refiere a los infortunios de Santiago.

42.— Sánchez Ramírez nació en Cotuí.

43.— Pablo Blanco, hermano de don Antonio, hoy residente en La Habana, con su familia, padre de don Manuel y D. Clemente, el primero médico y el segundo abogado, que aún viven. (G.A.P.)

44.— El mulato sastre Fernando Pimentel, muy conocido de todos. (G.A.P.)

45.— Don Juan Reyes, de quien ya se ha hablado: su hijo menor don José que vestía hábito talar, y después se ordenó en Cuba y algún otro de que solo tomé noticia al cabo de haber salido de Santiago, más luego supe por personas fidedignas que todos, menos don José habían perecido. (G.A.P.)

46.— Don José Vinuesa, que reside en Puerto Príncipe (actual Camagüey), de esta isla (Cuba), D. Carlos Mejías, en Baracoa (Cuba), Don Simón de Rojas, su hermano Don Carlos de Rojas y yo. (G.A.P.)

Esta quinta edición de **El degüello de Moca de Gaspar** de Arredondo Pichardo, consta de dos mil (2,000) ejemplares, se terminó de imprimir en el mes de diciembre de 2021 en los talleres gráficos de Editora Búho, S.R.L.
Santo Domingo, República Dominicana.

Gaspar de Arredondo y Pichardo fue un distinguido hombre de letras y leyes de Santiago de los Caballeros. Nació en esa ciudad en 1773 y a los nueve años su familia lo trasladó a la capital, Santo Domingo, donde a la edad de quince años recibió el título de bachiller en leyes por la Universidad Santo Tomás de Aquino. Más tarde, en 1798, recibió el título de abogado y regresó a Santiago para dedicarse al ejercicio de su profesión.

Arredondo y Pichardo participó activamente en la vida pública de Santiago y fue testigo sobreviviente de los acontecimientos extraordinarios que conmovieron a los habitantes de la Isla Española, principalmente con las invasiones haitianas de 1801 y 1805.

“Memoria de mi salida de la Isla de Santo Domingo el 28 de abril de 1805” es el documento de mayor trascendencia que pueda servir a la historiografía dominicana del calamitoso y traumático período de los primeros años del siglo XIX. El libro fue escrito en Camagüey, Cuba, donde Arredondo y Pichardo se había refugiado luego de abandonar forzosamente la ciudad de Santiago de los Caballeros.

La masacre abominable, descomunal, perpetrada por Juan Jacobo Dessalines, tiene el carácter del más brutal genocidio. Este libro de Gaspar de Arredondo y Pichardo es la prueba irrefutable.

Clodomiro Moquete

Encargado de la tercera edición

